Athenya I: Vraemonios

Ayaxia Daëbhilun

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

"Un nuevo enemigo, experto en las artes del mal.

Agua, aire, tierra y fuego crearon Athenya sin más.

La destrucción sucumbirá ante la fusión de los elementos.

Las razas unidas en un mismo fin.

No deben dudar, no deben mirar atrás.

No deben temer a la muerte o no vencerán jamás.

Descendientes de los dioses, marcados por el destino.

Oscuridad y llanto en su camino.

Unidos sus poderes en una sola luz,

Sólo podrá ser dominada por ellos.

De ellos depende vencer o ser derrotados."

La voz de los dioses se apagó dando paso a un largo y profundo silencio. Los miembros de Lluvia Esmeralda se miraron unos a otros sumamente preocupados, pensando en las palabras de aquella temible y cercana profecía…

* * *

Vraer hacía guardia esa noche. Las nubes tapaban las lunas, por lo que había bastante oscuridad, pero esto no era un problema para él. Sus ojos rojos recorrieron los árboles que tenía frente a él. Todos deshojados y secos, era un bosque sin vida en una isla que estaba muerta. Habían logrado sobrevivir alimentándose de la sangre de los peces, aunque eso para ellos era como ser vegetariano. Pero en aquella

isla no había nada que pudiesen cazar, ningún animal, ni siquiera los pájaros anidaban allí. Así era como tenían que vivir desde la Guerra Oscura, y quién sabe cuánto aguantarían con esa nueva vida.

Un movimiento entre los árboles le alertó. Se acercó silenciosamente al lugar pero enseguida se dio cuenta de que había sido una falsa alarma. Simplemente eran las ramas de los árboles mecidas por el aire. Eso no podía pasarle, no podía cometer ese tipo de fallos. Así fue como perdieron la Guerra Oscura, se confiaron y cometieron fallos imperdonables. Pensando en esto, caminó hasta la playa rocosa. Esa noche las aguas estaban bastante tranquilas y la marea más baja de lo normal. Al acercarse para mirar su reflejo, el mar poco a poco empezó a revolverse hasta formar un remolino. Se alejó unos pasos y se preparó para atacar a lo que estuviese provocando aquello.

Del centro del remolino salió una mujer humana, pelirroja y de piel blanca con labios morados y ojos verdes. Vestía un delicado vestido verde oscuro que le llegaba hasta los pies. Se le acercó flotando sobre las aguas. Vraer no bajó la guardia, podía ser una maga que hubiese ido a intentar exterminarlos.

—Llévame ante vuestro líder —la voz de la mujer era suave y melodiosa. Algo que a él no le pareció agradable a sus oídos.

—¿Quién eres? —Gruñó.

—Alguien que puede cambiar vuestra vida. Llévame ante él ahora —no era una petición, era una orden.

Vraer se giró en dirección al pueblo y caminaron un rato hasta llegar a las primeras casas. Éstas estaban medio hundidas en la tierra, para protegerles mejor del frío. Eran negras, hechas con huesos ennegrecidos, muy altas y sin una forma clara. Había muchas, todas colocadas desordenadamente alrededor de una más grande que estaba en lo que parecía ser el centro del poblado. Por esto, las calles eran desiguales, unas más anchas que otras. Algunas tan estrechas que nadie cabría por ellas. La mujer no vio mucha actividad por las calles pero era normal a esas horas de la noche y más aún tratándose de aquellas criaturas. Se acercaron a la casa del centro, dos alas inmensas salían de su tejado acompañadas de tres cuernos. Estaba claro que era la casa del jefe. Vraer llamó a la puerta y abrió. Pasó con ella siguiéndole de cerca. Por dentro, no era nada acogedor: poca iluminación con escasas velas; sin apenas muebles y los que había también estaban hechos de huesos. Lo único que adornaba, era una enorme alfombra de piel de caballo, justo en el centro de la sala. En un enorme trono negro estaba el líder, Vrir.

—Esta mujer ha solicitado verte… Vrir.

—Déjanos.

Vraer volvió a su puesto de vigilancia. Mientras, el jefe del poblado observó a la mujer como si fuera un insecto molesto.

—¿Vais a terminar lo que empezasteis en la Guerra Oscura? —Inquirió.

—Uníos a mí. Podréis vengaros de los reinos que os desterraron.

—¿Y quién eres tú?

—Alguien que puede ayudaros a conseguirlo.

Vrir permaneció callado unos instantes. Ellos, los vraemonios, habían sido desterrados tras la Guerra Oscura y estaban sedientos de venganza. Pero iniciar otra guerra podría suponer la destrucción total de su raza. Y aunque eran criaturas que no temían a la muerte, sí temían su propia extinción.

—No me interesa. Vete y agradece que te dejemos con vida.

—Piensa en ello. Con mi ayuda podréis vengaros, conquistar los reinos uno por uno y dominar toda Athenya.

A Vrir no le hizo falta preguntarle por qué necesitaban su ayuda. Un aura de poder resplandecía a su alrededor, él podía notarlo, era una criatura asombrosamente poderosa.

—¿Qué ganas tú con ello?

Los ojos de la mujer brillaron.

LIBER I:

Comienzo

1. Crÿstal

El rey Dolkar, era un hombre justo a quien todos respetaban. Era alto y corpulento, con una pequeña perilla. Su mujer, la reina Miriel, era una criatura bellísima, fuera de lo normal, con pelo rojo largo, ojos verdes, piel blanca y figura esbelta. Todos quedaban maravillados cuando ella pasaba y eso era algo que le encantaba. Le gustaba lucir lujosos vestidos y hacerse peinados muy trabajosos. Ambos tenían una hija de quince años, ésa era Crÿstal. Una adolescente que casi poseía su misma belleza. Aunque tenía el pelo castaño como el de su padre y los ojos verdes como los de su madre.

Vivían en Agälkiä, la capital de Lünadîs, su reino. El rey Dolkar se pasaba el día ocupado con los asuntos del reino. Solía encerrarse en su despacho cuando no estaba reunido con sus consejeros. Algunas tardes, pillaba a su hija entrenando con el arco junto a un amigo soldado. Antes solía ir corriendo y prohibirle aquello pues no era propio de una princesa; pero se la veía feliz y además, lo hacía realmente bien. Tampoco había soportado al principio la idea de que ella hubiera empezado a llevar pantalones, no obstante, lo había dejado estar al ver que no podía persuadirla. Ahora quien más se lo reprochaba era la reina Miriel, no podía concebir que una princesa vistiera con semejante atuendo.

En cambio la reina, por las mañanas iba de aquí allá organizando las cosas del castillo, dando órdenes sin parar. Por las tardes salía a tomar el té con las damas de la nobleza y muchas noches llevaba a su hija a la biblioteca para contarle historias y leyendas sobre Athenya. A veces le cantaba canciones que había oído a los escaldes o que había aprendido de su padre. Siempre conseguía dejar a su hija maravillada.

Había conocido al rey Dolkar en uno de los bailes que solían dar los padres de él (en aquel entonces los reyes) y éste había quedado prendado de su belleza. Poco después, le había pedido que se casara con él y habían tenido a la pequeña Crÿstal. Ésta, desde pequeña, estaba sometida a ir todas las mañanas a clases: aprendió a leer y escribir primero y luego empezó a dar otro tipo de cosas como Historia de Athenya, Zoología, Astronomía… también solían instruirla un poco en el Idioma Antiguo aunque era una lengua que sólo utilizaban los magos para sus hechizos y para descifrar libros antiguos. En cuanto su padre tenía tiempo también la instruía en algunos asuntos del reino. Política, economía…

—¡Crÿstal! —Gritó el profesor—. No me estáis prestando atención.

Ella dio un salto en su asiento. Se había entretenido mirando por la ventana a Aran, su mejor amigo, que estaba entrenando con un chico más mayor que él, y la joven no se perdía ninguno de sus movimientos.

—Lo siento profesor.

El hombre siguió con sus explicaciones sobre el Reino de Sarmöty. Ya había explicado a la joven todo sobre el Reino de Lünadîs y el de Ákyras, sólo les quedaba el de Sarmöty y el de Bhysnes.

La princesa suspiró mientras atendía al profesor. Pero enseguida su mirada se volvió a desviar hacia la ventana. Sentía envidia de aquellos que no tenían que ir a clases ni estudiar ni someterse a pruebas para ver si se le había quedado en la cabeza. Según su padre era su deber, pues cuando no estuviesen ni él ni la reina, el reino quedaría en manos de la joven. Ella pensaba que para eso todavía quedaba mucho y que no había prisa por aprender las cosas tan rápido. Sin embargo, nadie quería hacerle caso.

—Bueno Crÿstal, la clase ha terminado. Mañana os preguntaré sobre lo que hemos hablado hoy del Reino de Sarmöty y espero que os lo sepáis al dedillo.

La joven murmuró algo por lo bajo y salió de la biblioteca. Allí era donde solía dar sus clases, así si necesitaban un libro lo tenían a mano.

Fue a su habitación para dejar el libro de Historia de Athenya y para ponerse un vestido. Escogió uno lila. Era la hora de comer y, aunque sus padres por fin habían aceptado que vistiese con pantalones, en la hora de las comidas debía guardar las formas aún a pesar de que sólo comiesen ellos tres solos.

Como de costumbre, la reina llevaba un lujoso vestido. Tanto el rey como la princesa llevaban prendas de diario.

—Esta noche celebraré un baile con los nobles.

Era una especie de tradición que una vez al mes el rey celebrase un baile invitando a los nobles de todo el reino.

La reina se puso histérica. Tenía que elegir un vestido; debía bañarse, embadurnarse el cuerpo de potingues, vestirse, maquillarse… lo cual le llevaría toda la tarde, así que se levantó sin comerse el postre y les dejó solos.

—Vendrá Ian, Crÿstal.

Ella gruñó. No le gustaba ese chico. Tenía tres años más que ella y cada vez que se cruzaban no dejaba de acosarla para intentar impresionarla con lo que fuera. A sus padres les gustaba Ian, creían que era el pretendiente perfecto para su hija. Ésta no estaba de acuerdo. Para empezar era demasiado joven como para ponerse a buscar pretendientes.

Y para terminar, a ella no le interesaban los chicos, al menos, no por el momento.

Comió el postre lo más rápido que pudo para irse a cabalgar con Aran como cada día. Su amigo ya la esperaba con los caballos preparados. El chico era alto y fuerte y tenía la piel morena por sus intensos entrenamientos bajo el sol. Sonrió a la joven y le ofreció la yegua, totalmente negra excepto la crin, los cascos y la cola, que eran blancos.

—Hoy mi padre celebra otro baile con los nobles. Adivina quién viene: Ian.

—¡No soporto a ese tío!

—Ni yo.

—Crÿstal, eres la princesa más guapa de todos los reinos. Crÿstal, ¿sabes que hoy he ganado siete duelos? Crÿstal, acepta este regalo digno de ti —le imitó Aran.

—Sí, es bastante pesado.

Pasaron cabalgando por la bulliciosa ciudad. La calle principal llevaba del castillo a la plaza. Era una ciudad grande, con las calles de piedra iluminadas por la noche con farolas de velas. Las casas eran de piedra de uno o dos pisos, algunas incluso de tres y estaban asentadas en círculos concéntricos alrededor de la plaza. Los tejados de paja o madera. En la ciudad vivían tanto campesinos, como comerciantes y nobles. Los granjeros solían tener sus casas más a las afueras para poder ocuparse mejor de sus animales.

En la enorme plaza había una gran fuente, alrededor de la cual se asentaban algunos bancos. Allí solían jugar los niños y las mujeres se sentaban a hablar y ponerse al día con los cotilleos y demás chismes. También allí estaba la catedral, donde aparte de los rituales de adoración a la diosa Feyra y de iniciación para aprendices, vivían las sacerdotisas.

Como cada día, la joven princesa pasó lentamente por la plaza. Le gustaba observar a las gentes, respirar la tranquilidad y la diversión de los niños. Aunque solía pensar que ojala fuera una de esas personas, ocupada en sus quehaceres diarios sin más preocupación que la de llevar cada día la comida a casa, le fascinaba la idea de saber que algún día ella sería la reina de todo aquello. Sentía ilusión por gobernar, sabía que era difícil, pero para eso precisamente estaba aprendiendo.

Algunos la saludaron con inclinaciones de cabeza; otros estaban demasiado ocupados en sus comercios y demás trabajos como para verla. Finalmente, dejó atrás la plaza internándose por las calles de la ciudad.

Éstas estaban más tranquilas, alguno que otro iba de aquí allá llevando cajas o carros tirados por caballos. Otros simplemente se limitaban a pasear.

Su amigo ya estaba a las puertas de la ciudad esperándola.

—¡Siempre te entretienes en la plaza!

—Me gusta observar a la gente.

—Pues no hay mucho que observar… —a pesar de ello, sabía que su amiga se sentía feliz al observarles. Podía verlo en sus ojos.

Él espoleó su caballo y ella salió galopando tras él. Continuaron hasta el Bosque Turquesa, que rodeaba la ciudad. El poco aire que hacía, le revolvía el pelo a la joven y mecía las ramas de los árboles. El bosque siempre estaba inundado con el melodioso piar de los pájaros. Crÿstal aspiró aquel agradable aroma y cerró los ojos para sentir mejor aquella fragancia en su interior. Aquellos paseos a caballo resultaban ciertamente relajantes y placenteros.

—Aran, quiero pedirte algo.

—Claro, dime.

—Quiero que me enseñes a luchar con espada.

—¿Qué? —Le sorprendió aquella petición.

—Enséñame a pelear como tú, por favor.

—Sabes que tu padre no lo aprobará.

La princesa sonrió con picardía.

—¿Quién ha dicho que necesite su consentimiento?

Dicho esto espoleó a su yegua incitando a Aran a una carrera hasta el río, donde descabalgaron y se zambulleron en el agua. Ella nadó un poco, el agua estaba fresquísima, daba gusto estar en ella. Buceó, nadó y salpicó a su amigo iniciando una pelea entre ambos que ganó el por su fuerza. Luego se tumbaron los dos en la hierba, en silencio, ella con los ojos cerrados y respirando profundamente. Le gustaba que el sol le acariciara la piel mojada y a la vez la brisa que hacía lo posible por secarla cuanto antes. Pero como todo, aquello tuvo que acabar cuando se secaron y tuvieron que volver para iniciar su entrenamiento, pues si no se les haría de noche y era más complicado aprender a luchar a la luz de las

farolas.

Crÿstal fue a su habitación para ponerse los pantalones y una de sus camisetas de tirantes —eran partes de arriba de vestidos que ella había mandado cortar— y bajó corriendo deseosa de iniciar su entrenamiento. Su doncella le llevó una espada y su amigo comenzó la instrucción. Aran le enseñó tanto técnicas de ataque como de defensa y las pusieron en práctica. No se le dio muy bien la espada, le costó mucho, había que ser rápida, fuerte (para poder sujetar bien las pesadas espadas) y ágil. Cualidades que ella no poseía, pero Aran le dijo que con el tiempo las adquiriría.

—Creo que deberíamos irnos ya a practicar el tiro con arco —propuso su amigo.

—Claro, justo ahora que iba ganando —se quejó ella.

—Sí, porque te estaba dejando ganar.

—¡Eso es mentira!

—Venga no seas llorica y vamos a por los arcos.

—No soy llorica —gruñó Crÿstal.

Cogieron dos arcos y las flechas. Con esta arma sí era bastante buena, incluso mejor que Aran, que era quien le había enseñado. Tenía muy buena puntería, no dudaba ni le temblaba el pulso, simplemente apuntaba y disparaba. La princesa ya iba a disparar la primera flecha cuando llegó la reina gritando histérica.

—¡Crÿstal! ¡Ve a bañarte y a prepararte ahora mismo! —Le ordenó a su hija.

—Pero madre estoy…

—¡No hay tiempo! No quiero que me discutas. ¡A tu habitación!

Crÿstal tiró de mala manera el arco y sin decirle nada a Aran ni dirigirle la mirada a su madre se fue al castillo. Últimamente su madre no parecía la misma. Apenas le contaba ya historias, según le decía, porque la princesa ya era bastante mayor para aquellos cuentos de niños. Además, se había vuelto muy protectora, si salía del castillo debía ir con Aran o con escolta; intentaba tenerla controlada en todo momento… y algo que había sorprendido a Crÿstal: ya no ponía objeciones a sus entrenamientos…

Se encerró en su habitación, se tumbó en la cama y se puso a leer un buen rato. Pronto el sol se escondió en el horizonte y ahí ya fue el momento de empezar a arreglarse. Se dio un baño de agua caliente que su doncella Ellaqua le preparó. Salió en ropa interior para elegir un vestido y entonces oyó algo de jaleo fuera. Se asomó. Los invitados ya estaban llegando. Desde allí arriba pudo ver toda clase de criaturas vestidas con las ropas más elegantes. Se quedó embobada mirando aquel desfile de esplendor hasta que fue consciente de que el tiempo se le echaba encima; debía vestirse cuanto antes. Escogió un precioso vestido azul oscuro aterciopelado. Las mangas tenían un acabado plateado. Lo que le formaba un cuello bastante abierto eran dos cintas gruesas que le rodeaban la parte superior de los hombros. Una fina cinta también plateada salía de la unión delantera de las dos cintas, bajaba por entre medias de su pecho y llegaba hasta poco más abajo de su ombligo. Se cruzaba con una cinta idéntica que le rodeaba las caderas y se unía en ese punto. Luego seguía bajando hasta el final del vestido. Se puso unos zapatos de piel muy lujosos con algunos toques plateados. Un colgante de plata y pendientes a juego. El pelo se lo recogió en una trenza.

—¿Ya estás lista? —Le preguntó su doncella.

Ellaqua la tuteaba simplemente porque había sido a petición de la princesa. Pero delante de sus padres o de quien fuese, la trataba con el respeto que debía mostrar.

—Sí…

—Venga, te están esperando.

La princesa asintió y salió por la puerta que su doncella le abría. Se dirigió al gran salón, donde se celebraban los bailes. Antes de entrar, se encontró con sus padres. Los tres fueron anunciados y seguidamente entraron. Primero bajaron ellos por las escaleras y luego, unos pasos por detrás bajó ella. A los pies de las escaleras la esperaba Ian con una gran sonrisa. Era un joven apuesto de pelo rubio, ojos de color azul grisáceo, alto y musculoso. Ella le maldijo para sus adentros. Todas las chicas suspiraban por él, ella no; era un engreído.

—Princesa Crÿstal, ¿queréis bailar conmigo?

Claro, buena estrategia. ¿Cómo iba a negarse delante de toda esa gente y delante de sus padres?

—Me encantaría —respondió entre dientes.

Fueron de la mano al centro del salón e iniciaron el baile, junto a los reyes, ante los ojos de todos. Poco a poco se les fueron uniendo el resto de los invitados hasta que ya no fueron el centro de atención. Él era

un gran bailarín, había que admitirlo.

En cuanto pudo se escabulló y salió del salón a los jardines. Tenían una preciosa fuente con agua de colores y más allá un estanque con mil peces. El resto, estaba cubierto de verde con flores por todas partes.

—¿Qué haces aquí?

—Como baile más con Ian soy capaz de partirle la cara.

Su amigo Aran rio.

—Voy a ir a cambiarme. No quiero volver al baile y que ese pesado no me deje tranquila ni un minuto.

—Bueno, pues mañana nos vemos. Descansa.

—Y tú.

La joven corrió a su habitación, se quito el vestido y lo guardó con cuidado en su armario de madera oscura. Tenía un dormitorio bastante grande; nada más entrar a la izquierda tenía el armario y su tocador. Enfrente de la puerta, un enorme balcón donde solía salir todas las noches a mirar las estrellas. Y a la derecha, su cama que era enorme y con dosel y una puerta que conducía al cuarto de aseo. En el centro de la habitación tenía una mesa redonda de cristal con una silla. Se la habían regalado sus padres para que estudiase en ella, pero Crÿstal le había puesto un jarrón con flores que su doncella le cambiaba a diario. Le gustaba más estudiar en la biblioteca o en los jardines cuando hacía bueno.

—Princesa, ¿qué haces ya aquí? ¿No deberías estar en el baile?

Ellaqua estaba en el balcón y entró al ver a la joven.

—No me siento con ganas de fiesta.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Un chocolate caliente, por ejemplo?

—Eso estaría genial, gracias —le sonrió Crÿstal.

Vio a su doncella salir de la habitación. Su pelo era negro y siempre lo tenía recogido en un moño. Sus ojos marrones solían mostrar su amabilidad. Ella tenía más edad que la princesa y aunque era su doncella, Crÿstal la tenía como a una gran amiga. Era atenta y muy comprensiva con la princesa. Siempre la entendía y la animaba. Cuando

volvió, se sentaron las dos en su cama y hablaron y rieron largo rato.

—¿Qué tal con Ian?

—Bah, no le soporto. De verdad que intento que me caiga bien pero creo que es demasiado arrogante. Y es guapo, pero no sé… no me llama la atención.

—No te preocupes. No siempre vas a llevarte bien con todo el mundo, no todos conectamos del mismo modo. Ya encontrarás a alguien, un chico que realmente te interese y…

—Eh, eh, ¡alto! —Le cortó la princesa—. Mira, sé que eso ocurrirá algún día pero prefiero no pensarlo. Estoy bien como estoy, no quiero pensar en chicos ni en el futuro…

—Lo siento.

—No te preocupes.

Crÿstal se terminó el chocolate. Estaba realmente bueno y la había adormecido. Le dio las buenas noches a Ellaqua y se metió en la cama.

* * *

—¡No es excusa!

Por la mañana, después de sus clases, Crÿstal había sido llamada al despacho de su padre donde también estaba su madre. Le estaban regañando por haberse ido del baile la noche anterior. La princesa se había excusado diciendo que estaba muy cansada pero eso no les servía.

—Ya eres mayorcita para saber que eso no puedes hacerlo —le decía su madre—. Es de mala educación y nos dejaste en mal lugar. La gente preguntaba por ti… Ah, seguro que piensan que somos unos padres incompetentes —se llevó las manos a la cabeza.

—Madre, no exageres…

—Miriel, tranquila. Seguro que no se volverá a repetir, ¿verdad, Crÿstal?

Su padre la miró con severidad.

—Claro que no, padre.

Salió furiosa del despacho y se quedó allí un rato. A veces pensaba que no la entendían. Su madre no se había criado en la realeza, no podía saber qué era aquello. Y su padre, por ser hombre, había tenido una educación totalmente distinta y, tal y como lo veía Crÿstal, con muchas menos restricciones y obligaciones.

No salió de su habitación hasta la hora de cenar. Sabía que Aran le pediría explicaciones al día siguiente. Aquel día no le había apetecido nada ir a entrenar ni estar con nadie. Se había pasado la tarde leyendo y estudiando y algunos ratos había estado hablando con su doncella, desahogándose, sobre todo porque sus padres no la entendían.

—No sé, creo que ni siquiera debería ser princesa…

—No digas eso. Crÿstal, eres joven. Es normal lo que haces, algo de rebeldía, búsqueda de la libertad… Estás en la edad de ello. Seguro que cuando llegue el momento, serás una gran reina.

—¿Tú crees?

—Sí —afirmó firmemente.

—Ellaqua, ¿me prometes que siempre estarás a mi lado?

—Te lo prometo.

Y en la cena, todos habían estado muy callados. Crÿstal sabía que sus padres no estaban ya enfadados con ella pero prefería no decir nada y concentrarse en su plato de sopa.

El rey Dolkar fue el primero en levantarse; debía escribir una carta importante y enviarla antes de irse a dormir. Entonces, la joven lo aprovechó para pedirle a su madre:

—Madre, por favor, ¿podrías contarme esta noche una historia como hacías antes?

—Crÿstal, ya eres…

—Por favor —le suplicó.

Miriel miró a su hija con cariño y accedió. Entonces se quedó un rato pensativa, frunció el ceño y le preguntó:

—¿Te he contado ya la Leyenda de las Gemelas?

—No.

—Pues en cuanto me cambie, iré a contártela.

—¡Gracias!

La abrazó entusiasmada, se metió el último trozo de tarta de zanahoria en la boca y se fue corriendo a su habitación.

Esperó a su madre metida en la cama, apoyada en su almohada. La reina Miriel no tardó en llegar. Se sentó junto a su hija y le empezó a contar.

—En un tiempo primordial, cuando los dioses acababan de crear a sus criaturas, existió un hombre humano incomparable en belleza. Era la admiración y envidia de todos, incluidos los elfos. Un día, la diosa Elfdrum, picada por la curiosidad, bajó a Athenya transformada en elfa y fue a conocerle. Se enamoró perdidamente de él. Tuvieron una relación amorosa aunque poco duradera. Ella era una diosa y él un humano. Además, habían tenido que mantenerla en secreto.

>>Ella se quedó embarazada. Huyó por miedo a ser descubierta por sus criaturas, nadie sabe a dónde. Cuando llegó el día, dio a luz a dos niñas, gemelas. Ambas de igual belleza que la de su madre. Además, poseían la magia élfica y la magia de las sirenas. Eran criaturas únicas en toda Athenya.

>>Las crio sola, oculta en un bosque. Pero un día que fue a buscar comida para sus hijas, no volvió. Las gemelas, creyéndola muerta, se separaron y cada una rehizo su vida. Nadie sabe que fue de ellas, algunos dicen que… están muertas. Otros creen que siguen vivas, ocultas bajo otra identidad.

—Alucinante… ¿Tú crees que es real?

—Hija, las leyendas siempre tienen algo de verdad en lo que cuentan.

Capítulo 2

2. El libro de la biblioteca

—Álvaro, recoge la mesa.

—¿No puede hacerlo Jorge?

—Tu hermano tiene que estudiar.

El hijo de la señora García refunfuñó pero se puso a recoger la mesa. Siempre le tocaba a él recoger la mesa, siempre tenía que fregar los platos o ir a por el pan u ordenar el salón. Su hermano, Jorge, siempre se libraba. Era un universitarió, de veintitrés años, alto, guapo y con cuerpo atlético. La admiración de todas las chicas. Y claro, al ser universitarió, estaba todo el día con la excusa de que tenía que estudiar. Pero Álvaro sabía bien que no lo hacía; se encerraba en su habitación y se ponía a jugar a la consola o a chatear con el ordenador. Menuda vida se pegaba. Claro que para sus padres él era el favorito, el que sacaba buenas notas, un ejemplo a seguir. Se sentían orgullosos de él. No se podía decir lo mismo del pequeño. Aún estaba en el instituto pues tenía diecisiete años. Nunca había repetido un curso pero era por los pelos. Le solían quedar varias asignaturas para el verano por lo que sus padres le hacían estudiar a diario, apenas le dejaban salir y todo el día le repetían lo mismo:

—Sigue el ejemplo de tu hermano.

Se ensució la camiseta blanca fregando los platos. No le importaba, la metería en el cesto de la ropa sucia en cuanto acabara. Llamaron al timbre pero él continuó con lo suyo como si nada hasta que su padre le gritó desde el salón:

—¡Álvaro, abre la puerta!

Al chico le entraron ganas de romper los platos. ¿Es que nadie podía levantarse un momento? No, ellos ahí viendo la televisión y en cambio él como un esclavo.

La que había llamado era la novia de su hermano, al menos esa semana. Solía llevar a casa una nueva casi cada semana. Ésta era la típica pija insoportable que se deprimía si se rompía una uña. Le miró de arriba abajo y puso una expresión de asco que no agradó nada a Álvaro. Él, harto ya de todos, se encerró en su pequeña habitación quitándose la camiseta para echarla en el cesto. Como pudo ver en el espejo de su

armario, tenía una pinta horrible. Su pelo castaño claro estaba despeinado. Era algo gordito, sus ojos eran marrones, nada en especial y no era demasiado alto. Y para colmo llevaba gafas. Además, tenía una marca en la parte delantera del hombro izquierdo: de un punto salían unas líneas, unas más gruesas que otras, que hacían una ondulación y se cerraban formando casi una espiral. Era extraña y no le gustaba mucho. Su hermano solía meterse con él desde que eran pequeños. Se sentó en la cama resoplando. A veces deseaba tener dinero para poder irse de casa y vivir su vida por su cuenta, sin nadie que le tratase como a un esclavo.

Miró su libro de matemáticas, al día siguiente tenía un examen bastante importante y las matemáticas no eran su fuerte. Sólo se le daba bien una asignatura: geología. Le apasionaba. El resto, algunas conseguía aprobarlas pero con cincos raspados y otras ni lo conseguía. Sus padres decían que no sabían de dónde había salido ese hijo. Ellos habían sacado siempre buenas notas en sus carreras.

A veces, su padre solía decir que era como su abuelo. Álvaro miró la foto de su abuelo. No llegó a conocerle, pero por lo que sabía de él, había sido también un desastre en los estudios. Él se parecía a su abuelo cuando éste era joven. Desearía haberle conocido.

Se quedó dormido encima de la cama.

Su madre le despertó como siempre a la mañana siguiente llamando a su puerta:

—¡Despierta, hora de ir a clase!

Se desperezó. Había dormido bastante bien pero no le apetecía ir a clase y menos aún hacer el examen en el que seguramente sacaría un cero. Fue al baño a peinarse un poco aunque pocas veces conseguía poner su pelo en orden. No le gustaba la gomina, era asqueroso echarse ese potingue en el pelo. Iba a desayunar en la cocina pero oyó las voces de sus padres:

—¿Crees que Álvaro conseguirá pasar este curso? —Preguntaba su madre.

—Si lo hace será pura suerte. No sé qué vamos a hacer con él. Los profesores aconsejan que lo metamos en un internado…

—Eso saldría muy caro y no estoy dispuesta a gastarme un dineral para que él aprenda a estudiar. Que se ponga las pilas.

No quiso seguir escuchando. Se fue a la calle donde hacía un frío glacial. Ya compraría algo en el instituto a la hora del recreo. Subió la calle para ir a esperar al autobús escolar. Se encontró con José, un amigo suyo,

más alto que él con el pelo negro y los ojos marrones.

—Hola. ¿Cómo llevas mates?

—Mal.

—¿Sabes que si suspendes este examen vas directo a junio?

—No es la primera vez —mientras contestaba llegó el autobús y subieron en él.

—¿Vienes mañana a jugar al fútbol al parque?

Álvaro no contestó enseguida. Era un desastre en los deportes por mucho que intentaba hacerlo bien. Le apetecía ir, aunque fuese para pasárselo bien, pero seguro que iban las chicas y no quería acabar haciendo el ridículo como de costumbre. Además, había una chica, Carla, era guapísima. Todos los chicos estaban por ella y él también. No quería que viese lo malo que era.

—No puedo. Tengo cosas que hacer.

—Como quieras. Ya sabes dónde estaremos si quieres unirte.

El instituto era un viejo edificio de ladrillo que se había estropeado con el paso de los años. José y él entraron juntos y subieron a la última planta que era donde estaba su clase. El resto de sus compañeros ya se habían colocado las mesas y los que iban a usar chuletas ya se habían apropiado de los últimos sitios de la clase. Sólo quedaban dos sitios delante. Él no pensaba copiar así que no sería un problema sentarse delante del profesor. Éste llegó en breve con un buen taco de hojas del instituto. Repartió dos por persona y enseguida se puso a copiar los ejercicios y problemas en la pizarra.

Uno de los ejercicios era una ecuación, éstas solían dársele bien a Álvaro, al menos no sacaría un cero. Pero el problema no lo entendió así que se lo inventó al igual que el resto de los ejercicios.

La gente que iba terminando entregaba el examen y salía al pasillo. El joven así lo hizo cuando creyó que ya no podía inventarse más. Fuera había algunos de sus amigos y se reunió con ellos. Cómo no, hablaban del examen. Todos comentaban lo fácil que había sido y las buenas notas que probablemente sacarían. Él, cuando le preguntaron qué tal le había salido, contestó con toda sinceridad:

—Sólo he sabido hacer la ecuación.

—El segundo problema era muy fácil. ¿No has conseguido sacarlo?

—No.

Ya no dijo nada más. Cambiaron de tema y comenzaron a hablar sobre lo que harían al día siguiente. Álvaro no escuchaba. Acababa de salir Carla al pasillo y se había quedado embobado mirándola. Llevaba una falda rosa con tacones y una chaqueta vaquera. Sus rizos dorados le caían por los hombros, el flequillo se lo había recogido con una orquilla. Entonces, sus ojos azules le miraron y sus labios le sonrieron. Álvaro se quedó helado en el acto. ¿Era real lo que estaba pasando? Pero se dio cuenta de la verdad, ella miraba a una amiga suya que había detrás de él. Se puso rojo de la vergüenza, se le había quedado cara de tonto y seguro que ella se había dado cuenta.

La siguiente clase era lengua. La profesora que impartía esa asignatura era una aburrida, conseguía que sus alumnos se durmiesen en clase. Ese día tocaba morfología. Soltó un larguísimo rollo sobre los lexemas y otro sobre los morfemas. Luego les puso ejemplos de palabras derivadas y de palabras compuestas. Y para terminar la clase les dio una larga lista de palabras para que empezaran a analizar morfológicamente durante los últimos quince minutos de clase, y si no lo terminaban tendrían que hacerlo en casa para la próxima clase.

Luego tocaba educación física, la clase que más odiaba. Ese día tenían que hacer salto de potro. Las últimas veces que Álvaro lo había intentado saltar, se había llevado el potro con él al suelo. El profesor les puso por orden de lista, el chico era el octavo así que hasta que le llegó el turno se fue fijando bien en cómo lo hacían sus compañeros. Cuando le llegó el turno respiró hondo y se dijo a sí mismo:

Puedes hacerlo, tú tranquilo.

Empezó a correr, en el momento preciso saltó, apoyó las manos en el potro y… ¡Lo saltó limpiamente! Cayó en la colchoneta de pie, sin poder creerse que lo había conseguido. ¡Ni siquiera se le habían caído las gafas! Se giró para ver la cara de Carla. Pero ella no le miraba, ni sus amigos, ni siquiera el profesor. Nadie había visto lo bien que lo había hecho, todos se lo habían perdido. Estaban en círculo rodeando a alguien. Se acercó a ver qué pasaba; una de las amigas de Carla se había mareado y estaba tendida en el suelo totalmente pálida. Le habían dado unas gominolas y ya se iba encontrando algo mejor. El profesor le pidió a alguien que la llevase a la enfermería y luego puso orden para seguir con la clase.

—Álvaro, lo siento pero tendrás que repetirlo. No he podido verte.

El joven no se lo podía creer. Bueno, si le había salido una vez, podría volver a hacerlo. Se puso delante de la fila que formaba el resto de la clase. Corrió hacia el potro y cuando iba a dar el salto, se pisó un cordón de la zapatilla, tropezó y se llevó el potro por delante y sus gafas salieron despedidas. Su clase estalló en carcajadas, Carla incluso lloró de la risa. El único que no se reía era José. Álvaro, totalmente rojo como un tomate, recogió las gafas y salió corriendo hacia el vestuarió masculino y se quedó allí el resto de la clase pensando.

De pequeño no solía pasarle nada de eso. Era bueno en todo. Pero al llegar al instituto había cambiado todo. Al principio sí solía esforzarse por estudiar mucho e intentar entenderlo todo… pero ya lo había dado por perdido, ya sabía que no iba a lograr entender nada. Si estudiaba era porque le obligaban, a veces ni siquiera lo hacía, se quedaba mirando el libro varias horas y se ponía a pensar en cosas que le hacían feliz como viajar por el mundo…

—Álvaro, ¿te vienes a la cafetería?

José lo sacó de sus pensamientos. Sin decir nada se levantó y se fue tras él a reunirse con el resto. Todos se compraron algún bollo o bocadillo pero él no tenía nada de hambre. No solía estar tan serio ni callado con sus amigos. Simplemente ese día no tenía ganas de nada.

Ni siquiera en su clase favorita se animó: geología. Fueron al laboratorió para hacer una clase práctica que era lo que más le gustaba. No contestó a las preguntas del profesor como solía hacer. Después de estudiar algunos minerales, sonó el timbre y fueron a la siguiente clase: inglés. Ésta especialmente la odiaba. Aún estando en el nivel bajo no se enteraba de nada. Los idiomas no eran su fuerte, incluso prefería el deporte antes que esa odiosa asignatura. No era ni capaz de hacer una redacción de 100 palabras, solía hacer tres líneas y ya se quedaba sin palabras que poner. No sabía vocabularió y mejor no hablar de gramática. Como mucho llegaba a entender el Present Simple y el Past Simple e incluso el Future Simple. Ya no más, eso de los continuos y los perfectos…

La profesora les mandó hacer unos ejercicios en clase sobre Reported Speech y ella se sentó a leer en su mesa. Álvaro solía sentarse con José, se le daba muy bien el inglés. Él solía ayudarle a hacer los ejercicios y al menos no hacía el ridículo cuando llegaba el momento de corregirlos, aunque no se podía decir lo mismo de sus exámenes, pero al menos sólo los veía la profesora.

Y por fin llegó la última clase. Comunicación audiovisual. Le gustaba esa clase pero no era especialmente bueno en ella. Tenían que

hacer una presentación con diapositivas del tema que quisieran y luego exponerlo delante de toda la clase. Él había elegido hablar sobre la Atlántida, el legendarió continente que desapareció a causa de un cataclismo. En muchos libros se decía que era una isla, pero él creía firmemente que era un continente, situado en el océano atlántico. Había encontrado diversas hipótesis sobre esta leyenda, algunas afirmaban que sólo era eso, una leyenda pero él creía que había existido.

Empezó la presentación poniendo de fondo el mar y el nombre del continente. También hizo que el nombre fuese apareciendo lentamente y que a la vez empezase a sonar un solo de guitarra acompañado con el sonido del mar. Además puso una imagen con un mapamundi donde aparecía también la Atlántida. Luego cambiaba la diapositiva y aparecían algunos textos de libros antiguos que afirmaban la existencia del continente y junto a ellos fotos de lo que se creía que había sido la Atlántida. En la tercera diapositiva puso un vídeo del cataclismo que había acabado con el continente hundiéndolo en el océano. Cuando aún estaba cuadrándolo todo, sonó el timbre y el profesor dio por finalizada la clase.

Salieron todos los amigos juntos hablando del partido del día siguiente. Intentaron convencer a Álvaro para que fuera pero no lo consiguieron. José fue a comer a casa de Gonzalo, así que el viaje de vuelta en autobús lo tuvo que hacer solo.

Cuando llegó, su padre estaba haciendo la comida en la cocina. Éste le saludó y su hijo le devolvió el saludo.

—¿Qué hay para comer?

—He hecho unos filetes empanados con patatas fritas. ¿Te apetece?

—Sí, gracias.

De toda la familia, con el que mejor se llevaba era con su padre aunque a veces tampoco lo soportaba a él. Comieron los dos juntos. Le contó cómo había sido su día en el instituto y después de recoger la mesa se encerró en su habitación para el resto de la tarde. Estaba bastante decaído. Pero poco a poco, al darle vueltas a la clase de educación física, se le fue subiendo la moral. Había conseguido hacerlo bien, sólo había sido una vez pero ¿y qué? Lo había logrado. Si había conseguido hacer algo bien, quería decir que tal vez (y sólo tal vez) podía hacer las cosas como es debido e incluso aprobar todas las asignaturas. Dejaría de ser el hazmerreír de la clase.

Decidió ir esa tarde a la biblioteca y ponerse a estudiar en serio. Tenía que intentarlo al menos y en su casa sabía que no lograría centrarse bien. Había demasiadas cosas que le distraían. Preparó su mochila con los

libros de lengua e historia y se fue despidiéndose de su padre.

El día estaba algo nublado. Aquella mañana ni se había dado cuenta, pero a pesar de ello, le parecía un día maravilloso. Se cruzó con varios grupos de adolescentes que irían al cine seguramente o a los recreativos. Sintió algo de envidia, pero debía ser fuerte. En esos momentos tenía una buena autoestima, debía aprovecharla.

La biblioteca estaba en el centro del pueblo, no tardó más de cinco minutos en llegar. Tenía dos plantas, la de abajo era para niños así que subió a la parte de arriba. Era la primera vez que iba a la biblioteca. No era muy grande aunque el espacio se había aprovechado muy bien. Fue a sentarse cerca de una ventana y sacó los libros. Empezó con historia, le resultaba más llevadero ya que para estudiarla solía hacerlo leyéndola como si fuese una novela y gracias a ello conseguía aprobarla aunque no fuera con notas muy altas. Pero no duró mucho, sólo había leído una hoja cuando empezó a entrarle sueño.

Voy a coger algún libro a ver si se me pasa… Se dijo.

Se levantó y fue a la parte de libros juveniles. Vio uno que le llamó la atención ya que estaba cubierto de polvo y la cubierta era de piel. Lo sacó de entre los libros y pudo leer en la portada con letras doradas: <<Crónicas de Athenya>>. Le pareció raro, le gustaba mucho la fantasía y solía estar al tanto de todos los libros que salían; aunque ese no parecía haber salido hacía poco desde luego. Volvió a su mesa y lo abrió, picado por la curiosidad. Empezó a leer el prólogo para sí:

<<Al principio, sólo existían los cuatro elementos, y de ellos, nacieron los dioses. Yarhu nació del fuego; Elfdrum nació del agua; Feyra nació de la tierra; Iignus nació del aire.

Así, las cuatro divinidades decidieron unir los elementos para crear un mundo al que llamaron Athenya. Lo adornaron con montañas, árboles y ríos… con un astro que iluminaría el día y dos la noche, junto a las estrellas. Al primero lo llamaron Hëlyos y a las lunas Seya y Keya, la primera azul y la segunda blanca. Y cada dios escogió una zona de Athenya, donde crearía criaturas.

Yarhu escogió el oeste, la zona más desértica. A partir del fuego y de la tierra creó a los albóreos. Seres fuertes y resistentes, veloces y ágiles. Seres capaces de manejar su fuego.

Elfdrum prefirió el nordeste, por el bosque y por el océano. Ella creó dos tipos de criaturas, parecidas en belleza pero distintas en poder: de los pétalos de las flores cubiertos de rocío creó a los elfos, una raza bellísima con una magia ancestral que podrían invocar sólo con la mente. Seres incapaces de hacer daño sin motivo. Ellos vivirían en el bosque, lo

cuidarían y embellecerían. Luego, Elfdrum cogió un puñado de tierra y se lo llevó al mar, y con esa tierra moldeó seis islas, donde vivirían sus otras criaturas: creadas únicamente a partir del agua, las sirenas. Con torso humano y cola de pez si se hallaban en el agua, con figura humana si estaban en tierra. Criaturas bellas, con gran sabiduría y una magia basada en los cantos y la adivinación.

Feyra también escogió una zona boscosa, el sur de Athenya, con playa al este y montañas siempre nevadas al sur. La diosa, se pinchó un dedo con la espina de una rosa, y una gota de su sangre cayó en la tierra y de ahí nació el hombre humano. Por el dolor del pinchazo, una lágrima nació en sus ojos y fue a parar también a la tierra, de ahí nació la mujer humana. Una raza sin magia pero inteligentes, valientes y leales. Seres con grandes capacidades que les permitían estudiar, aprender y descubrir.

Iignus eligió la zona central de Athenya. Separada del desierto por una cordillera, llena de praderas, en cuyo centro había un pequeño bosque y en el este la costa bañada por el Océano Karmes. Él creó a los magos erosionando las rocas con el viento. Pero con el tiempo, algunos magos se especializaron en aprender a controlar y utilizar en su favor los cuatro elementos. De ahí nacieron los elementales, los únicos seres capaces de invocar los elementos, ya que los magos no podían hacerlo.

Después de crear todos estos seres, los dioses pusieron también en el mundo otras criaturas como las aves, los reptiles, los peces y los mamíferos. Así, las cinco razas convivieron en paz y armonía.

Pero un día, un rayo provocó un gran incendio en el este de Lünadîs, el reino de los humanos. Un incendio imparable que prometía exterminar el reino y el resto de Athenya. Así que, los dioses, para evitarlo, desprendieron la tierra incendiada y la separaron, dejándola en el océano a la deriva. La isla acabó en cenizas y de estas cenizas nacieron unos seres que ni los dioses habían previsto: los vraemonios. Seres que sólo tenían un objetivo: dominar Athenya. Eran muchos, fuertes y con una magia únicamente destructiva. Se dividieron en cuatro grupos para intentar tomar los cuatro reinos del continente a la vez. Los dioses entonces concedieron parte de su poder a cuatro elegidos que se enfrentaron a estas criaturas. Además, para proteger a los elegidos, habían creado en los primeros tiempos a Éraso, uniendo los cuatro elementos de los que nacieron; una criatura alada capaz de manejar los poderes de los cuatros dioses, pues fluían todos en su interior.

Los vraemonios fueron derrotados y desterrados de cada uno de los reinos y la paz volvió a Athenya>>.

El joven cerró el libro. Qué mundo tan curioso y qué historia tan fascinante. Lo examinó bien, no tenía ni autor ni fecha de edición… nada.

Lo volvió a dejar en la estantería —prometiéndose a sí mismo que algún día se lo leería entero— y continuó con historia, más concretamente con la Primera Guerra Mundial. Esto no le costaría mucho estudiarlo, le encantaba esa guerra, le resultaba bastante fácil recordar lo que ocurrió.

Estuvo estudiando hasta casi la hora de cenar. Debía reconocer que le había cundido bastante, estaba muy orgulloso consigo mismo. Las cosas iban a cambiar, estaba claro.

Cuando llegó a casa, se encontró una nota en la entrada, escrita por su madre, diciéndole que ella y su padre se habían ido al cine y que había una pizza congelada para que cenase. Su hermano seguramente estaría con su novia. Mejor. Así disfrutaba tranquilamente de la cena y podría ver lo que quisiera en la tele.

Mientras se calentaba la pizza miró películas a ver cuál le apetecía ver. Iba a hacer una sesión de cine como era debido. Eligió una de ficción, sobre alienígenas. Llevó la pizza y un refresco bien frío al salón, bajó las luces y le dio al play para que comenzara la peli. Trataba sobre una invasión en la Tierra, de unos aliens bastante feos que se apoderaban del cuerpo humano para camuflarse. Poco a poco se iban haciendo con todo el país hasta que el típico adolescente se empezaba a dar cuenta de lo que estaba ocurriendo y él solo conseguía detener la invasión. Surrealista pero entretenida.

En cuanto acabó la película, recogió lo de la cena y se fue a dormir, necesitaba descansar.

Por la mañana, después de desayunar se encerró en su habitación y no salió de allí hasta la hora de comer. Se había puesto a jugar con su consola portátil y las horas se le habían pasado volando. Pero ya tenía pensado volver por la tarde a la biblioteca.

—Me voy a la biblioteca —se despidió de sus padres.

Su madre hizo un gesto con la cabeza y su padre le dijo:

—Hasta luego. Estudia mucho.

Esta vez la biblioteca estaba algo más llena, la mayoría eran compañeros suyos y reconoció también a algunos universitariós que eran ex alumnos de su instituto. Y vio a Carla, sentada en una mesa, rodeada de sus amigas. Ella levantó la vista al verle pero no le miró más de un segundo. Para Álvaro esto era más que suficiente para que su corazón latiese a mil por hora.

Se sentó en el mismo sitio que la vez anterior y decidió centrarse en lengua ya que el día anterior sólo había estudiado historia. Empezó con

la sintaxis que solía costarle mucho. Hizo unas cuantas frases que habían corregido en clase y no hizo ninguna bien lo cual le desanimó un poco. Así que decidió dejarlo un momento y se levantó para coger el libro que había empezado a leer antes de ponerse en serio con historia. No lo encontró donde lo había dejado. Buscó por toda la estantería pero nada. Bajó a buscar a la bibliotecaria, una señora cincuentona no muy agradable y le preguntó en voz baja:

—Disculpe, estoy buscando un libro. Es muy viejo y las tapas son de piel. Su título es "Crónicas de Athenya". ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Espera un momento —se puso a buscarlo en el ordenador y enseguida le contestó—: no tenemos ningún libro llamado así.

—Eso es imposible, lo estuve leyendo ayer aquí, en la biblioteca.

—Todos los libros que hay constan en el ordenador. Y ése no lo tenemos.

—Pero…

—No insistas.

Él se dio por vencido. Vio los ordenadores y le preguntó:

—¿Puedo usar uno?

—Apunta aquí tu nombre.

Le pasó una hoja con una lista. Él se apuntó y fue a uno de los ordenadores. Se conectó a Internet y buscó el libro. Estaba seguro de que lo encontraría en cualquier parte. Pero se equivocaba. No existía ese libro, ni siquiera ese raro nombre: Athenya. No entendía nada. Estaba seguro al cien por cien de que el día anterior había estado leyendo un libro y de repente al día siguiente, ¿desaparecía sin más?

Subió de nuevo a su mesa sin dejar de pensar en el libro. ¿Lo habría soñado? ¿Se habría quedado un momento dormido mientras estudiaba? Pero había sido tan real…

Ya no pudo volver a concentrarse. Al cabo de una hora, decidió que lo mejor era irse, no iba a estudiar nada. Cuando sólo había recorrido diez metros al salir de la biblioteca, alguien le llamó por su nombre.

—¡Álvaro! ¡Ey, Álvaro!

El joven se giró. Su corazón se paró en seco al ver que se trataba

de Carla, que corría hacia él.

—Ho… hola… Carla —tartamudeó.

—Te has olvidado el móvil —lo puso en las manos del chico—. ¡Hasta luego!

Álvaro no contestó. Bueno, se esperaba otra cosa pero le alegraba saber que al menos ella sabía su nombre, sabía quién era, y se había tomado la molestia de ir a devolverle el móvil.

Continuó su camino pensando en ella. Ni siquiera entendía por qué le gustaba aquella chica si apenas la conocía. No habían cruzado muchas palabras desde que estaban en la misma clase. Era guapa, eso nadie lo podía negar. También era lista, sacaba muy buenas notas y además tenía muy buen gusto vistiendo. Eso era lo único que conocía de ella.

Al llegar a su casa fue directo a su habitación sin comprobar si había alguien más o estaba solo. Le daba lo mismo mientras que no fuesen a molestarle. Se tumbó en su cama y se quedó profundamente dormido durante varias horas.

Por la mañana, José le llamó por teléfono para informarle que habían quedado esa mañana en su casa para ir a jugar a la consola. También comerían allí. Él se vistió y se fue después de decirle a su padre su plan del día.

Al menos con la consola era bueno, les ganó a todos y esto le hizo sentirse muy orgulloso de sí mismo. Para comer pidieron unas pizzas y se sentaron en el salón, algunos en el suelo, a comerlas junto con los refrescos.

—He de deciros algo.

José se había levantado.

—Me cambio de instituto.

—¿¡Qué!?

Ninguno se lo podía creer y menos aún Álvaro. José era el único que le echaba una mano en clase y el único que no se reía de él en la clase de gimnasia.

—Lo siento, pero ha sido una decisión de mis padres. Mañana ya

empiezo las clases en él…

Álvaro simuló que tenía ganas de ir al baño. No podía creerse que se fuese. Ahora estaría solo… tenía al resto pero ellos no eran como José. Él era el único que le trataba bien, a los demás… les daba igual todo.

Al pasar por la cocina, oyó a los padres de su amigo hablando y captó algunas palabras que le hicieron pararse a escuchar:

—¿No sería mejor que nos trasladásemos a Athenya? —decía la mujer.

—De momento mejor que sea así. José ya está bastante impactado con la noticia. Cambiarle de hogar sería demasiado para él.

¿Athenya?

Capítulo 3

3. La espada

El rey Dolkar se encargó de todos los preparativos para la fiesta de cumpleaños de su hija. Los dieciséis años se consideraban una edad importante: era casi como alcanzar la mayoría de edad.

Harían una fiesta la noche del día siguiente. Estuvo todo el día enviando mensajeros y haciendo reuniones. Todo debía quedar perfecto.

La reina Miriel era quien se encargaba de la decoración y también estuvo ocupada toda la mañana, pensando y probando adornos.

Mientras, la princesa cumplía con su deber de ir a clase por la mañana, ajena a lo que le estaban organizando. El profesor le preguntó la lección y la tuvo que reñir un par de veces porque no lograba recordar algunas cosas.

—Princesa, debéis estudiar bien las lecciones.

—¡Las he estudiado! —Se defendió ella.

—Pues no lo parece. Venga, repítalas una vez más.

Ella tuvo que hacerlo, no le quedaba otra. Tenía ganas de que acabara la clase. Las tripas ya le rugían de hambre.

Cuando el profesor la dejó salir, corrió a ponerse un vestido y fue al comedor esperando que la comida fuera decente. Sus padres ya estaban sentados. Como de costumbre, su padre presidía la mesa. A su izquierda estaba sentada su esposa, dando la espalda a los ventanales que dejaban paso a la luz exterior. A su derecha ese sentaba su hija, tras la cual, a varios metros, había un enorme lienzo que les representaba: el rey de pie junto a su mujer, que se hallaba sentada en una silla con ornamentos. Entre ellos, delante, su hija Crÿstal a la edad de once años. Las dos llevaban tiaras sobre sus cabellos, mientras que él lucía una corona.

Les sirvieron el primer plato: una crema de patatas y de segundo carne en salsa.

—¿Cómo ha ido la clase, Crÿstal?

—El profesor me ha preguntado la lección y me he atascado en un par de cosillas…

—¿Estudiaste ayer? —Su padre la miró con el ceño fruncido.

—Sí estudié, padre. Y repasé. Ha sido un momento de despiste.

Terminaron en silencio el segundo plato. Enseguida les trajeron el postre: ensalada de frutas del bosque. Crÿstal lo devoró rápidamente aunque manteniendo la educación como la princesa que era.

—Se nota que tenías hambre —le sonrió su madre.

—He desayunado poco. Llegaba tarde a clase.

A diferencia de las comidas y las cenas, los desayunos los hacían en distintos horariós y pocas veces solían coincidir. El rey era quien primero desayunaba, después la reina y por último su hija. No era la primera vez que se quedaba dormida. Solía quedarse hasta tarde leyendo, o como en el caso de la noche anterior, estudiando las lecciones.

Se levantaron y Crÿstal abandonó el comedor en dirección a sus aposentos. Se cambió de nuevo de ropa y se puso la adecuada para ir a montar a caballo con su amigo.

En esta ocasión, fue ella quien le esperó. Sacó a su yegua de los establos y la estuvo acariciando y hablando.

—Luego dicen que las chicas somos tardonas, ¿verdad? ¡Cómo les gusta quejarse!

La besó en las crines y se subió en ella. La condujo hasta la entrada al castillo y desde allí miró en dirección a las casas de los soldados, buscando a su amigo con la mirada sin éxito. Suspiró. ¿Dónde se había metido? No era normal en él llegar tan tarde. Aún tuvo que esperarle un rato más, hasta que por fin le vio salir de su casa y dirigirse hacia ella.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Lo siento, mi hermano está enfermo. He tenido que quedarme con él hasta que ha llegado mi madre.

—¿Qué le pasa?

—El estómago. Ha estado vomitando toda la mañana.

—Vaya, espero que se mejore.

—Gracias.

Aran fue a coger su caballo y ambos salieron de los dominios del castillo. Cruzaron la plaza donde, como de costumbre, jugaban los niños y la gente se ocupaba de sus quehaceres. Salieron de la ciudad y como siempre llegaron hasta el Bosque Turquesa. Era un día cálido, los rayos de sol penetraban entre las ramas de los árboles iluminándoles el camino.

De repente, Aran espoleó a su caballo y salió al galope dejando muy atrás a su amiga. Ella no entendió esto pero se dio prisa por seguirle. Llegó un momento en que lo perdió de vista así que detuvo al caballo. Intentó oír los cascos de la montura de Aran, pero nada. Sólo oía el canto de los pájaros y el rumor de las hojas mecidas por el aire.

Se bajó de la yegua y buscó huellas. Con tantos animales por el bosque, había mucho caos y le costó distinguir las del caballo. Aran había seguido la dirección del río Zylmas. Montó de nuevo y se dirigió hacia allí. Mientras cabalgaba con rapidez hacia el río, disfrutó de lo agradable que resultaba aquella subida de adrenalina.

Junto al río la esperaba su amigo con una sonrisa en los labios. A lo lejos se podía ver la preciosa Cascada Blanca, que mantuvo embobada a la chica durante unos momentos, hasta que Aran le habló.

—Prueba superada.

—¿Prueba? —Inquirió ella.

—Sólo quería saber si mis enseñanzas habían servido para algo. Pero ya veo que sabes orientarte y seguir un rastro.

—Créeme, no ha sido fácil.

No desmontó, esperó a que su amigo montara para volver a la ciudad. Sin embargo, Aran no subió al caballo. La seguía mirando con una sonrisa. Cogió un largo palo y algo grueso y se alejó de los caballos, hasta colocarse junto al río. Luego observó a la muchacha sin dejar de sonreír. Crÿstal lo entendió enseguida: desmontó, buscó también un palo similar y se puso frente a él. La estaba retando a un duelo.

Se miraron a los ojos antes de comenzar. Luego ella corrió hacia el chico, dio un salto y se lanzó sobre él con un grito. Pero él no se quedó quieto; también saltó. Los palos chocaron en el aire antes de que ambos cayeran en el suelo. Aran lo aprovechó para atacar, sin embargo, la joven

ya lo había previsto y se defendió interponiendo su palo entre él y ella. Se volvieron a mirar a los ojos. El muchacho la apartó bruscamente de sí, Crÿstal retrocedió dos pasos y volvió a la carga. Pero él estaba preparado y se apartó. Dio una estocada hacia la espalda de la princesa, que de nuevo interpuso su palo, sin girarse, entre él y su espalda. Luego se giró rápidamente y con bastante fuerza le atacó. Aunque él la detuvo con el palo perdió el equilibrio y cayó al agua, vencido.

Crÿstal sonrió triunfante. Se acercó al borde y le señaló.

—¡Perdedor!

Su amigo se acercó a ella con rapidez, la cogió de un tobillo y la tiró también al agua. En cuanto salió a la superficie, la joven se partió de risa. El agua estaba muy buena, y con el calorcito que hacía, sentaba muy bien. Se salpicaron durante un rato y tuvieron algunas peleas hasta que acabaron agotados, salieron y se tumbaron en la hierba al sol.

—¿Crees que algún día saldremos de aquí y viajaremos por todo el mundo? —Le preguntó ella.

—¡Claro que sí! Veremos albóreos, entrenaremos con los elfos y nos enfrentaremos a los enanos. ¡Viviremos mil aventuras!

La princesa esbozó una sonrisa. Ambos soñaban con salir algún día de Agälkïa y recorrer mundo. Cuando ella concluyese sus estudios tenían ya pensado emprender el gran viaje. Lo llevaban planeando desde pequeños, ella lo esperaba con mucha ilusión. Nunca había salido de los alrededores de Agälkiä y ansiaba conocer los otros reinos y poder ver con sus propios ojos aquellas criaturas que aparecían en sus libros. La belleza de elfos y albóreos, la magia de magos y elementales, los cantos de las sirenas, las fuertes armas de los enanos… cerró los ojos pensando en aquello, adentrándose en un viaje imaginarió por Athenya.

* * *

Orson miró a sus compañeros de Lluvia Esmeralda. Tuvo que pedirles silencio para poder hablar:

—Sé que os preguntáis por Miriel. No responde a mis llamadas.

Recorrió la sala con los ojos. Era una gran sala circular de piedra. Tenía seis ventanas por las que entraba la luz del sol y algunas plantas de adorno cerca de ellas. También había estanterías con libros, instrumentos

y mapas enrollados. En el centro había una mesa color marfil y redonda con seis sillas a su alrededor. Entre dos de ellas había un hueco. Dos sillas y el hueco estaban vacíos. Antiguamente, una de las sillas había estado ocupada por el representante de los elementales y el hueco había sido ocupado por el representante de los albóreos. El primero caído en una contienda reciente contra unos magos oscuros rebeldes y el segundo caído en la Guerra Oscura. La otra silla desocupada era de Miriel, la representante de los humanos.

Los presentes eran: Azulyna, representante de los elfos; Mawer, representante de los enanos; Sébany, representante de las sirenas y el propio Orson, representante de los magos.

El mago alzó los ojos al techo e invocó una vez más la Voz de Lluvia Esmeralda, el oráculo de los dioses. Era la décima vez que escuchaban la profecía formulada por los dioses. Pero cada vez que lo hacían, le encontraban mayor sentido. Tras oírla una vez más, Azulyna tomó la palabra:

—No sabemos quién es ese nuevo enemigo… Sabemos que tiene un poder extraordinarió, nada más… ¿Pero qué poder es ése?

—¿Quiénes son los elegidos? ¿Cómo sabremos reconocerlos?

—¿Oscuridad en su camino?

De nuevo, Orson acalló las voces con un movimiento de su mano. Enseguida todos se callaron y le miraron esperando respuestas a sus muchas preguntas.

—Efectivamente no sabemos qué gran poder posee nuestro enemigo. Pero es un poder inigualable, el más poderoso y oscuro que haya existido —se sentó, cansado de permanecer tanto rato de pie—. No será difícil reconocer a los elegidos, descienden de los dioses, así que tienen un poder muy por encima de los demás, debemos estar alerta.

Ninguno añadió nada más. Orson había juntado sus manos, pensativo. Aquella no era una profecía fácil de descifrar y el tiempo se les echaba encima.

* * *

Por la mañana se resistió a salir de la cama, pero Ellaqua consiguió sacarla de todas maneras. La noche anterior, en la cena, había

discutido con sus padres acerca de las clases de ese día. Ella no quería ir, era su cumpleaños. Pero sus padres no habían cedido ante su petición y se habían puesto muy severos al respecto. Así que después de vestirse con un vestido amarillo clarito de tirantes, unas botas a juego y recogerse el pelo en un moño que dejaba caer algunos mechones por su espalda, y de una felicitación y un caluroso abrazo por parte de su doncella, fue a desayunar pronto, como cada día.

Por ser su cumpleaños, le sirvieron unas tortitas con mermelada de frutas y para beber néctar de trufa. Cada camarero que iba al comedor, la felicitaba con una sonrisa y una reverencia mientras ella disfrutaba con gusto de su desayuno.

Fue a la biblioteca, donde ya la esperaba el profesor. Tras una felicitación y una reverencia, la joven tomó asiento y se preparó para la lección de ese día. Pero el profesor le dijo:

—Os iré diciendo palabras y vos tendréis que traducirlas al Idioma Antiguo. Bastará con que las digáis en nominativo.

Crÿstal asintió preparada. No le gustaba aquel ejercicio, no siempre recordaba las palabras del Idioma Antiguo o las confundía con otras.

—Cielo, bosque, mago, libro.

—Caelum, lucus, magus, liber.

—Muy bien. Castillo, agua, vestido, destino.

—Castrum, aqua, vestis y… —frunció el entrecejo. ¿Cómo era destino? Lo pensó unos instantes, estaba segura de que se lo sabía.

—¿No lo sabéis? —La miró severamente.

—¡Sí! Sí me lo sé. Sólo dame un momento.

—Tendríais que saberlo de carrerilla, sigamos con…

—¡Fatum! —Se levantó emocionada.

—De acuerdo… continuemos. Esta vez serán más difíciles: juicio, valor, oscuridad, mercado.

—Consilium, fortitudo, tenebrae, forum.

—Ahora vamos a complicarlo más. Os diré una frase y tendréis

que traducirla. Deberá estar perfecta.

—Sí, profesor.

—El maestro enseña palabras hermosas.

—Magister verba pulchra docet.

—Bien. El pueblo amaba mucho las guerras.

—Populus multum bellum amabat.

—Muy bien, Crÿstal.

Le dijo varias frases más, cada vez más difíciles, pero ella las supo traducir sin problemas, unas en menos tiempo que otras, pero todas correctas. Así que el profesor, cuando acabó el ejercicio, le dijo:

—Hoy os dejo salir antes.

La joven no se lo esperaba.

—¿En serio?

—Sí, Crÿstal. Habéis contestado bien a todas las preguntas y es vuestro cumpleaños. Por hoy haré una excepción.

—¡Gracias!

Dicho esto recogió sus libros y salió corriendo a su habitación para dejarlos e irse a relajarse y disfrutar del día tan bueno que hacía. Se dirigió a una de las torres y a mitad de las escaleras, había una ventana por la que trepó para colocarse en el alféizar. Con gran agilidad, se descolgó hasta el tejado del que era el gran salón. Caminó por el centro hasta situarse en el medio y observó el panorama desde allí. El cielo, de un rosa muy pálido, estaba despejado y el sol se alzaba casi en lo alto, iluminando y dando calor a todo lo que había a sus pies.

El Bosque Turquesa se veía hermoso con sus árboles de hojas verdes y azules. Y la ciudad de Agälkiä parecía una ciudad de magos, era bellísima. Algunos tejados reflejaban los rayos del sol. Era un bonito paisaje. Desde pequeña, iba hasta allí para contemplarlo. Y cada vez que lo miraba, se decía:

—Algún día seré la reina de este bello reino.

Se quedó bastante tiempo contemplándolo todo, embobada, sin pensar en nada, simplemente mirando. Hasta que alguien a su espalda le

cogió el brazo, se lo retorció y le dijo:

—Eres mía.

La princesa hizo un rápido movimiento para soltarse de su amigo y se pusieron frente a frente con los ojos clavados el uno en el otro. Ambos se sonrieron con picardía y ella se rasgó el vestido por los laterales para poder luchar cuerpo a cuerpo contra él con mayor agilidad. En este campo, los dos eran igual de buenos, a Aran ya no le quedaba nada más por enseñarle a la joven, lo sabía ya todo. Simplemente les quedaba entrenar en ello y mejorar en rapidez cada día.

Se atacaron y defendieron sin parar, intentando derribar al otro. Además de agilidad, necesitaban equilibrio pues allí arriba no era fácil mantenerlo. En más de una ocasión, estuvieron a punto de rodar hacia abajo peligrosamente. Pero eso no les asustaba, les excitaba más tal peligro.

Él intentó derribarla con patadas altas pero ella se apartó dando volteretas hacia atrás manteniendo bien su equilibrio. Luego ella también le atacó y detuvo sus golpes. Acabaron agotados.

—Parece que hoy no habrá ganador —determinó él.

—Yo no estoy tan segura.

Con un rápido movimiento le derribó por fin y se puso encima impidiéndole moverse.

—Yo soy la ganadora.

Dicho esto se le quitó de encima y ayudó a levantarse.

—Muy buena, me has pillado totalmente desprevenido.

—De eso se trataba —le sonrió ella con malicia.

Entraron juntos de nuevo y él se fue a ver cómo estaba su hermano que seguía enfermo. Pero antes le dijo a Crÿstal:

—Tengo una sorpresa para ti. Te la daré después de comer. Espérame en el jardín, al lado del estanque.

—Allí estaré. Dale recuerdos a tu hermano, espero que se mejore pronto.

La muchacha decidió darse un paseo por la ciudad. Se puso un vestido rojo pálido (si su madre le veía el otro vestido roto era capaz de

matarla) y salió a pie. Como cada día, la gente iba y venía de un lado para otro. Muchos la saludaban y felicitaban haciendo reverencias sin parar. Se sentó en la fuente junto a unas mujeres que hablaban sobre sus hijos.

Una voz, que reconoció enseguida, la sacó de sus pensamientos.

—Crÿstal —Nil la miraba sonriente. Ella le cogió y le puso en sus rodillas—. Esto es para ti por tu cumpleaños.

Le entregó una rosa roja, ni muy cerrada ni muy abierta.

—Nil, es preciosa. Muchas gracias, es el mejor regalo que me han hecho.

Le dio un beso en la mejilla y él se puso rojo. Luego salió corriendo a seguir jugando con sus amigos mientras la joven le observaba con una sonrisa. Él tenía el pelo pelirrojo y los ojos castaños. Era un niño de cinco años muy agradable que ella una vez había conocido en la plaza, hacía algunas semanas.

* * *

En la comida hicieron sus platos favoritos: pasta con salsa de frutas del bosque de primero, de segundo carne de ave con salsa de caramelo y de postre tarta de galletas y chocolate con nata. Su padre le dejó beber además vino de melocotón.

Sus padres la felicitaron con alegría al verla y por primera vez, su madre no la cubrió de besos como solía hacer, algo que agradeció. Le gustaba que fuera cariñosa pero todo tiene un límite.

Al terminar, fue corriendo a los jardines, al estanque, donde había quedado con Aran. Estaba impaciente por ver la sorpresa. El chico todavía no había llegado pero vio algo en el estanque que le llamó la atención. Se acercó para verlo mejor. Había un extraño animal nadando sobre el agua, intentando coger los peces con la boca. Caminaba sobre cuatro patas, tenía una larga cola, orejas negras caídas y morro alargado. Era blanco, tenía el pelo algo largo y tenía manchas negras por todo el cuerpo, aunque en la cara las tenía más marcadas pues en el resto del cuerpo, por el pelo largo, las zonas negras se entremezclaban con las blancas. No debía ni llegarle a las rodillas, parecía un cachorrito. Cuando no lograba coger ningún pez, se ponía a emitir un extraño sonido. Parecía que dijese

“guau, guau” varias veces. Sonaba gracioso. La princesa rio ante esto.

—¿Te gusta?

—¡Es precioso! ¿Qué es?

—No lo sé. Yo la llamo Perdï. Es una hembra.

—¿Perdï? Me gusta —sonrió.

—Puedes cambiárselo si quieres, ahora es tuya.

—¿De verdad?

Su amigo asintió. A continuación añadió:

—Es un animal único. No encontrarás otro igual en toda Athenya.

Lo dijo en un tono muy misterioso. Ella iba a preguntarle de dónde lo había sacado cuando el animal salió del estanque y se sacudió salpicándoles a ambos.

—¡Hala! —Gritaron al unísono y empezaron a reírse.

—Tengo que ir a cambiarme. Debo ir a la ciudad a hacer algunas cosas y no puedo ir con esta pinta. Espero que la cuides bien.

—¡No lo dudes! —Se despidió con la mano de él y enseguida centró su atención en el animal.

Perdï se dejó coger por ella. La joven esperó a que se secara un poco y la metió en el castillo. La dejó en su habitación encima de su cama y salió un momento al pasillo. Una sirvienta con una bandeja iba a paso rápido y tuvo que detenerla interponiéndose en su camino.

—Por favor, ¿puedes decirle a Ellaqua que quiero verla? Es importante. Dile que la espero en mi habitación.

—Sí, princesa.

Su doncella no tardó mucho en ir. Se quedó sorprendida al ver aquel animal pero le encantó. Llevó un enorme cojín para ella. La princesa le pidió que se encargara de cuidarla cuando ella estuviera en clase o entrenando.

—Lo haré, Crÿstal. Puedes confiar en mí.

—Lo sé.

La princesa la miró con cariño. Ellaqua era muy buena persona, si era su doncella había sido porque ella se lo había pedido a sus padres. Cuando era más pequeña, había tenido otra doncella mucho más mayor pero un cielo de mujer. Lamentablemente había muerto cuando Crÿstal tenía diez años.

Su madre fue a buscarla a su habitación. Cómo no, encontró a su hija enfrascada en un inmenso libro. Pero antes de reprenderle nada, reparó en un animal que había en un enorme cojín rojo.

—¿Y eso qué es?

—Regalo de Aran. Se llama Perdï.

—Justo lo que te faltaba. Otra distracción más. Como si no tuvieses bastante con tus libros y entrenamientos…

Su hija suspiró. Cada día su madre decía más comentarios molestos siempre que tenía ocasión. Estaba un poco pesada.

—¿Qué quieres, madre?

La mujer dejó de mirar al animal.

—Ah, sí. Vístete de gala, vendrán algunos invitados con regalos para ti. Dentro de un rato llegarán, date prisa.

Crÿstal soltó un gruñido cuando su madre desapareció por la puerta. Seguramente sería una reunión con los nobles aburridísima, y ella sólo se limitaría a sonreír y a fingir que se lo pasaba bien y que le gustaban los regalos. Como cada año. No entendía como los demás lo pasaban bien. Los primeros minutos solían alabarla y la comparaban con sus padres y luego ya pasaban a temas aburridos como la política (de esto sólo hablaban los hombres) y los cotilleos de la ciudad (algo que sólo interesaba a las mujeres). Crÿstal solía quedarse con los de su edad, entre los cuales estaba Ian, no le caían mal pero se daban muchos aires de superioridad por ser de la nobleza. Las chicas no hacían más que hablar de vestidos y joyas. En cambio los chicos de deportes y armas, unos temas que interesaban más a la joven.

No le daba tiempo de bañarse, por lo que se puso a vestirse directamente con un vestido verde esmeralda de gala. Se recogió el pelo y bajó. Un sirviente la llevó hasta sus padres, que estaban en la puerta del gran salón con una sonrisa en los labios mirándola con ternura.

—Feliz cumpleaños, hija —le dijo su padre.

Le entregó una cajita alargada y la abrió enseguida. Dentro había un collar de lo que parecían ser diamantes, era bonito, pero la joven habría preferido otro tipo de regalo… no usaba mucho las joyas, sólo en fiestas.

—¡Gracias!

Se lo puso inmediatamente y dio un abrazo a cada uno. Luego la reina Miriel les instó:

—Venga, nos esperan.

El rey Dolkar, al ir a colocarse junto a su mujer, le susurró a su hija al oído:

—Tengo otro regalo para ti. Lo verás esta noche.

No le dijo nada más. Se puso junto a la reina, que se cogió de su brazo y pasaron al gran salón. Crÿstal tuvo que esperar a que terminaran de bajar las escaleras para hacer su entrada. Cuando lo hizo, vio a toda la sala repleta de gente, nobles y sus hijos más mayores. La aplaudieron sonrientes. Era una fiesta. Sonrió, al menos no iba a ser la reunión aburrida que se esperaba.

Fue bajando lentamente sin mirar a nadie en concreto. Su cabeza estaba en otra parte en esos momentos: en el regalo de su padre. ¿Qué sería? Él siempre solía acertar con sus regalos. Su madre también le regalaba cosas bonitas, pero más bien vestidos y joyas, dignos de una princesa. Su padre le solía regalar cosas prácticas. Hubo un año que le regaló un carcaj.

Ian se acercó a ella.

—¿Deseáis bailar conmigo, princesa?

—Con mucho gusto.

Ya está, ya se la había liado una vez más. Al menos no sería una larga tortura, después del primer baile entrarían los camareros con bandejas de comida y bebida y entonces se unirían al resto de adolescentes para charlar mientras comían. Aunque los temas fueron más o menos los de siempre, aquella noche hicieron algunos chistes y bromas y Crÿstal lo pasó bien.

Cuando terminó la fiesta y subió a su habitación, se puso el pijama mirando a Perdï que dormía plácidamente sobre su cojín. Le encantaba, era preciosa. Se acercó a ella para darle un beso, esto la

despertó pero después de mirarla unos segundos moviendo el rabo, volvió a cerrar los ojos. Ella fue a meterse en la cama y vio un paquete alargado con una nota con la caligrafía de su padre. La leyó intrigada:

Forjada por los enanos con el fuego de los albóreos, adornada por las sirenas y bendecida con el poder de los elfos… una espada creada especialmente para la futura reina de Lünadîs. Lucha con ella por tu reino, hija mía.

A la joven se le aceleró el corazón emocionada. ¿Una espada? Lo desempaquetó sin poder contenerse rompiendo el papel y la contempló maravillada. En cuanto le quitó el envoltorió, la hoja desprendió un brillo plateado y azul que iluminó unos instantes su habitación para luego desaparecer. El mango era de plata y con tonos violetas. Pero era un mango muy especial. A ambos lados de la empuñadura, salían como cuatro hojas de hacha haciendo una forma muy extraña y bonita a la vez. Las dos más cerca del acero eran más grandes que las inferiores. La hoja, de plata y un material parecido al cristal azul, brillaba a la luz de las velas. Era algo pesada, según notó la joven. La cogió bien del mango con las dos manos e hizo algunos movimientos, resultaba difícil de llevar. Seguro que Aran le ayudaría a manejarla bien aunque resultara tan pesada. La dejó en la mesa con cuidado. Era el mejor regalo, sin duda.

Capítulo 4

4. El secreto de José

Como cada mañana, Álvaro fue despertado por su madre y se levantó y vistió para ir al instituto. La mochila la tenía preparada de la noche anterior así que la cogió y bajó a la cocina. Estaba vacía. Se preparó un vaso de leche caliente y cogió unas galletas para el camino.

Hacía frío, se subió la cremallera hasta arriba y se dirigió a la parada. Le extrañó que José no hubiese llegado todavía, solía llegar antes que él. Empezó a oler a lluvia y miró al cielo. Unas nubes negras estaban casi encima del pueblo, no tardarían en descargar. Miró hacia la casa de su amigo pero nadie salió de ella.

Al final de la calle apareció el autobús de la ruta. Entonces fue cuando recordó que José había dejado el instituto. Decidió pasarse por su casa después de comer. No iba a ser lo mismo ir a clase sin él.

A primera hora tenía educación física y ese día jugaron al baloncesto. Como de costumbre, nadie le pasó el balón. El único que lo hacía era José y él ya no estaba… así que se limitó a correr de un lado para otro como si realmente estuviese jugando. El profesor miró la hora y dio por finalizada la clase.

Luego tocaba inglés, lo cual no gustó nada al muchacho, pues no sabía nada y la persona que le ayudaba ya no podría hacerlo. Se sentó al final de la clase solo y rezó porque la profesora no le preguntara. Ella empezó a explicarles el Reported Speech —Álvaro no entendió nada— y seguidamente les mandó que hicieran en clase unos ejercicios. Él se concentró e intentó hacerlos lo mejor posible. El primer ejercicio le pareció demasiado difícil, así que lo dejó para el final. Continuó con el segundo, empezó a escribir pero lo tachó convencido de que estaba mal. Al cabo de un rato, la profesora empezó a preguntarles hasta que le tocó el turno a Álvaro. Se puso nervioso, notó que las manos le sudaban. Se las secó en el pantalón y comenzó a leer lo que había escrito tartamudeando. La profesora tuvo que corregirle la pronunciación, pues era pésima y en cuanto al ejercicio, estaba mal. Algunos soltaron risillas mientras que la mujer le explicaba que aquello no tenía sentido. Después de eso, el chico se puso a pensar en algunos de sus libros y a dejar volar su imaginación hasta que sonó el timbre.

Les tocaba matemáticas y el profesor llegó con un taco de hojas que supuso que eran los exámenes. Por suerte, ese profesor solía darlos sin comentar nada sobre ellos ni decir en alto las notas. Al menos así, la nota de Álvaro no la sabría nadie. En cuanto le dio el examen lo vio todo rojo menos la ecuación. Había sacado una nota bastante baja pero bueno, ya se lo esperaba. El resto de la clase la pasaron corrigiendo el examen por lo que no hicieron mucho y él pudo distraerse con su imaginación como había hecho en inglés.

En el recreo siguió a sus amigos hasta la cafetería y se sentaron todos en una mesa con las bolsas de patatas y los refrescos. Sacaron un tema que interesó mucho a Álvaro: Carla.

—Es la tía más guapa de todo el instituto.

—Sí y no está al alcance de cualquiera —dijo Gonzalo, el más flipado de todos, dándose aires de superioridad.

Y en eso Álvaro le daba la razón. Sabía perfectamente que él mismo no estaba a la altura de la chica. Ella era guapa, lista, simplemente… perfecta. Y él sólo un chico patoso y poco dado a los estudios. Y desde luego no era guapo, al menos él no lo pensaba. Además, tenía algunos michelines, algo de lo que estaba avergonzado, pero que jamás podría quitarse dado que era un desastre en los deportes.

El tiempo del recreo se le pasó rápido. Se encaminaron a la clase de comunicación audiovisual y cada uno se sentó en su ordenador correspondiente. Álvaro continuó con su presentación sobre la Atlántida, introduciendo más fotos y textos. Y como estaba haciendo algo que le gustaba, también se le pasó bastante rápido.

A continuación tenían dos horas de lengua y literatura. Fue al final de la clase como siempre y se sentó a esperar a que llegara la profesora. Pasaron diez minutos… quince… la profesora no apareció. A los veinte minutos llegó el jefe de estudios diciéndoles que había llamado su profesora diciendo que estaba enferma y que no iría. Esta noticia hizo gritar a todos de alegría que recogieron lo más rápido que pudieron para irse cuanto antes a sus casas. Álvaro se quedó solo. Podía irse a su casa andando, pero estaría su madre y no quería que se pusiera a mandarle cosas en lugar de dejarle descansar.

Entró en la biblioteca del instituto para leer hasta que llegara la hora de irse. Buscó el libro que había leído el viernes pero como ya suponía, no estaba. Escogió otro de fantasía que ya se había leído. Y así pasó el rato, entre las páginas de un libro que le introdujo en un mundo de magia. El protagonista era un chico de más o menos su edad, no coincidían físicamente en nada pero Álvaro intentó identificarse con él, sentir lo que él sentía y así vivir sus aventuras. Aquello le ayudaba a

evadirse del mundo real, le hacía sentirse mejor aunque sabía que, ni por asomo, estaba a la altura de los personajes de sus libros, no les llegaba ni a la suela de los zapatos. Pero ello no le impedía dejarse llevar por la imaginación, verse a sí mismo como un chico fuerte, valiente, al que todos admiraban.

Cuando sonó la campana él dio un salto en la silla del susto. Unas chicas que estaban estudiando en la mesa de al lado le miraron y se rieron por lo bajo. El chico se puso rojo y sin mirarlas se fue de la biblioteca hacia el autobús. Echó de menos el no estar con José hablando, por lo que el camino de vuelta se le hizo bastante aburrido y algo más largo de lo normal. Apoyó la cabeza en la ventanilla y no se movió ni siquiera cuando un chico algo mayor que él se sentó a su lado porque no tenía otro asiento libre. Éste le miró apenas unos segundos, sólo para saber al lado de quién se había sentado, luego dejó de prestarle atención para hablar con un amigo suyo que estaba sentado delante.

Álvaro oía las voces de todos los que llenaban el autobús. Gritos de alegría, risas, bromas… le habría encantado formar parte de aquello, ser uno más. Pero sólo podía limitarse a mirar por la ventanilla y observar las calles mojadas y la gente que caminaba por ellas con sus paraguas a toda prisa. Vio algunas pocas parejas y se preguntó cómo debía ser estar con alguien a quien le gustara y que le entendiera. ¿Alguna vez conseguiría él algo así? ¿O sólo podría limitarse a soñar el resto de su vida?

Bajó del autobús solo. Miró unos momentos hacia la casa de su amigo pero no vio mucho movimiento en ella. Dirigió sus lentos pasos bajo la lluvia hacia la suya y entró limpiándose los pies en la alfombra de la entrada.

—¿Álvaro? ¿Eres tú?

Fue a la cocina donde estaba su padre cocinando unas lentejas. A él le encantaban y las miró con una sonrisa. En un día tan frío sentaban genial.

—Esta tarde iremos tu madre y yo con unos amigos a Madrid y cenaremos allí. Así que te dejaré unos macarrones con queso preparados, ¿vale?

—Gracias papá.

Su hermano, entre las clases de la universidad, los estudios y las novias, no pasaba mucho por casa. Al menos así no fastidiaba tanto a Álvaro, parecía su pasatiempo favorito. Desde pequeños, nunca había dejado de gastarle bromas pesadas, de fastidiarle cuando él estaba tranquilamente leyendo sus libros o viendo películas —solía echarle del

salón para ponerse él a ver otra cosa— y siempre había conseguido estropear los pocos días en los que su hermano pequeño se sentía bien. Era un alivio que estuviera tan liado, Álvaro estaba más tranquilo y podía hacer lo que le apeteciese sin que él le molestara.

Después de comer se echó una buena siesta. Debía admitirlo: le encantaba dormir. Aunque no tuviese sueño, podía dormirse cuando quisiese. Al levantarse, se arregló un poco la ropa pues la tenía mal colocada de haber estado tumbado, intentó colocarse bien el pelo —lo cual fue inútil— y salió con un paraguas para ir a casa de José. Llamó al timbre y esperó. Nadie le abrió. Volvió a llamar pero nada. Era muy extraño… Sus padres siempre estaban por la tarde… y José también solía estar.

Entonces recordó la conversación de los padres de su amigo del día anterior. Habían nombrado un nombre muy extraño: Athenya. Y Álvaro estaba casi seguro de que era el mismo nombre que él había leído en el libro de la biblioteca: el mundo de Athenya. ¿Se estaba volviendo loco? Sacudió la cabeza y volvió a su casa para encerrarse en su habitación y viciarse a algún videojuego. Era lo mejor para no comerse la cabeza con sus tonterías. ¿Otro mundo? ¡Menuda chorrada!

Ya había anochecido cuando decidió que había jugado bastante. Se asomó fuera abriendo la ventana de su habitación. Ya había dejado de llover; las calles estaban mojadas y el olor a tierra húmeda le llegó hasta la nariz. Las estrellas no se veían pero la luna sí pudo distinguirla, justo entre dos nubes.

Antes de calentarse los macarrones, descolgó el teléfono y marcó el número de José. Fue él mismo quien le contestó al cuarto toque.

—Hola Álvaro.

—Buenas, ¿qué tal?

—Bien, justo acabo de llegar de mi nuevo instituto.

—¿A estas horas?

—Verás, es que está bastante lejos y al ser un privado pues también hay clases por las tardes.

—Uf, vaya rollo ¿no?

—¡Qué va! Está genial. Y la gente es muy simpática.

Álvaro suspiró. Seguro que José no le echaba en falta.

—¿Qué tal hoy?

—Mal. He suspendido el examen de mates y en inglés he hecho el ridículo. Lo bueno es que la de lengua no ha venido y hemos tenido las dos horas libres.

—Ésa siempre tiene una excusa para faltar.

—Sí.

Se quedaron callados unos momentos.

—José, ¿te vienes el sábado por la tarde a mi casa a jugar?

—Sí, claro. Iré a las seis.

—Bien, pues entonces hasta el sábado.

—Adiós, cuídate.

Ese día también se puso una peli para verla mientras cenaba, en este caso una de terror, aunque miedo no daba para nada. Su hermano llegó justo cuando la estaba acabando. Se asomó unos momentos al salón y al ver que era su hermano quien estaba allí subió a su habitación sin dirigirle una sola palabra.

Por lo demás la semana pasó con normalidad. Al menos para él; en inglés y matemáticas no hizo ningún ejercicio bien, en educación física hizo el ridículo como siempre y en química le salió mal un experimento y tuvo que quedarse después de clase para repetirlo. En geología y comunicación audiovisual le fue bastante bien y el viernes ocurrió algo que hizo que fuese el mejor día de su vida:

Estaban en su clase favorita, él había contestado perfectamente a todas las preguntas del profesor por lo que se sentía bastante bien. Luego el profesor les había puesto un vídeo sobre volcanes.

Durante el vídeo, Álvaro había pillado a Carla mirándole varias veces y como siempre el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Pero lo mejor vino después de la clase, cuando ella se le acercó para pedirle un favor.

—Disculpa, Álvaro… verás no voy muy bien en geología, ¿me podrías echar una mano?

Él se quedó sin habla. Tardó mucho en contestar y cuando lo hizo

apenas se le oía.

—Claro… por ti lo que sea.

Se arrepintió enseguida de haberle dicho aquello pero al ver la sonrisa de ella no le importó lo que pensara.

—¿Quedamos mañana por la tarde en tu casa?

—Por mí perfecto.

El resto de la tarde había sido como un sueño para él. Había quedado con Carla, aunque fuese para estudiar, ¡pero le había pedido ayuda a él y no a otro!

Al caer la noche recordó que había quedado con José. Estuvo un buen rato dándole vueltas… ¿qué debía hacer? ¿Cancelar su "cita" con Carla o cancelar su cita con José? Se decidió por esto último pero se dijo a sí mismo que no le diría la verdad: seguramente le molestaría.

Llamó a su casa a la hora de la cena.

—¿Diga? —Era su madre.

—Hola, soy Álvaro, ¿está José?

—Sí, enseguida se pone.

La oyó llamarle y luego los pasos apresurados de su amigo.

—Hola.

—Hola, José, ¿qué tal?

—Bien, algo cansado la verdad. Iba a acostarme.

—Quería hablarte sobre lo de mañana… no creo que pueda. Tenemos muchos deberes y nos han puesto varios exámenes. No creo que tenga tiempo, lo siento.

—No te preocupes. Yo también tengo bastante trabajo. Ya quedaremos otro día.

—Bien. Descansa entonces, adiós.

—Hasta luego.

Ya estaba hecho.

No pudo dormir bien aquella noche. No dejaba de pensar en Carla. ¡Iba a ir a su casa! ¿Seguro que no estaba soñando? Se pellizcó sólo para asegurarse. Estaba bien despierto. Se imaginó cómo sería estar con ella, sentirla tan cerca, oler su perfume, percibir el calor de su sonrisa… esperaba no meter la pata.

Se duchó por la mañana para estar preparado. En la comida sus padres le dijeron que se irían al cine; perfecto, estarían totalmente solos. ¡Todo le estaba saliendo bien, por primera vez en su vida! No pudo dejar de sonreír hasta que llegó la hora a la que habían quedado.

Se arregló y se puso la gomina de su hermano para al menos estar por una vez presentable. Se miró al espejo respirando hondo, intentando tranquilizarse… y llamaron al timbre. Tropezó por las escaleras pero pudo agarrarse a tiempo a la barandilla. ¡Estaba tan nervioso! Tuvo que respirar hondo una vez más antes de abrir; allí estaba ella, con sus rizos dorados mecidos por el viento, con su estupenda sonrisa…

—Hola.

—Hola… pasa…

La llevó al salón y siguió respirando hondo, esforzándose por no tartamudear ni temblar. Se limpió las manos sudorosas en los pantalones mientras ella estaba de espaldas a él, contemplando la sala.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias. Espera un momento, voy a por mis apuntes de geología.

Cuando salió del salón, se apoyó un momento en la pared. Se sentía algo mareado por la emoción. Pero no podía seguir así, tendría que tomarse algo. Recordó que su madre solía tomar tilas cada mañana, cuando bajase se haría una, sus nervios podían estropearlo todo.

Subió las escaleras de dos en dos, cogió los apuntes que estaban en su escritorio y volvió al salón. Le ofreció algo para tomar y ella le pidió un vaso de agua. El joven fue a la cocina, puso en una taza agua para calentarla en el microondas y mientras llenó una jarra de agua, la puso en una bandeja junto con dos vasos y abrió una lata de aceitunas y una bolsa de patatas para picar. En cuanto estuvo la tila, se la tomó casi sin respirar, sin echarse azúcar y abrasándose la boca y la garganta, pero quería darse prisa por volver con ella, no quería hacerla esperar.

Dejó la bandeja en la mesa y le preguntó:

—¿Por dónde quieres que empecemos?

Se sentaron en la alfombra y abrieron los libros y él esparció sus apuntes para que Carla viese lo bien que los tenía.

—Por el tema cuatro si no te importa… fue donde me empecé a perder.

Así pasaron la tarde. La tila le hizo efecto, estuvo bastante relajado. Rieron y estudiaron juntos, Álvaro se lo pasó como nunca. Hubo un momento que se quedó mirándola, pensando que debía besarla, que no debía perder aquella oportunidad. Ella seguramente lo estaba esperando y no quería decepcionarla. Se lanzó sobre ella y cuando estaba a punto de juntar sus labios, la chica se apartó gritando.

—¿¡Se puede saber qué haces!?

—Yo…

—¿De verdad creías que me gustabas? ¡Sólo quería que me ayudaras en una asignatura! Pero claro seguro que tú lo has interpretado como que quería liarme contigo.

Recogió sus cosas corriendo.

—¡Yo solo salgo con chicos mayores, fuertes y guapos, y no con pringados como tú!

Aquellas palabras le dolieron, solían decírselo a menudo, pero le dolió más que salieran de ella.

—¡Pienso contárselo a todo el mundo!

—¡No! ¡Por favor, Carla!

Pero ella ya se había ido. Se dejó caer sobre el sofá, medio llorando por su suerte. ¿Cómo había podido ser tan tonto? ¿Cómo había podido llegar a pensar que le gustaba a la chica más guapa de todo el instituto? Apoyó la cabeza en sus manos. Tonto… ¡era tonto! Siempre sería un pringado, el pringado de Álvaro, un desastre en los estudios, en los deportes, feo… Aquello no iba a cambiar nunca.

Necesitaba ver a José. Él seguro que sabría cómo animarle. Era el único que solía conseguirlo. Ni siquiera se puso la cazadora, salió hacia su casa en mitad del frío y cruzó la calle a toda prisa. Llamó al timbre. Nada. Volvió a insistir desesperado. Nadie fue a abrirle. Era extraño, había luz en

el vestíbulo. Rodeó la casa y vio también luz en el sótano. Se agachó para mirar por ella y vio a su amigo, estaba riendo y no estaba solo. Un chico y una chica que Álvaro no conocía, estaban con él. Pero no sólo eso. Su amigo dijo unas palabras señalando una mesa y ésta empezó a flotar…

* * *

Esa mañana se puso el despertador mucho antes de lo que solía despertarle su madre. Había pasado toda la noche pensando. Al principio intentando convencerse de que su imaginación le había jugado una mala pasada. Pero luego, tras darle vueltas y más vueltas detenidamente había llegado a la conclusión de que lo que había visto era real, tan real como él. Su amigo les había mentido y estaba dispuesto a averiguar toda la verdad sobre él. Se vistió con una camisa vaquera, unos vaqueros y deportivas y salió silenciosamente de su casa sin desayunar ni nada.

Penetró en el jardín de su amigo y se escondió entre unos arbustos esperando a ver si salían en algún momento. Pasó como una hora allí escondido sin que nadie saliese. Hasta pudo ver a sus propios padres irse a trabajar y a su hermano salir también y meterse en el coche de un amigo suyo.

Frente al arbusto estaba la pequeña ventana que daba al sótano de la casa. No le prestó ninguna atención hasta que vio que se encendía la luz. Entonces se acercó en silencio a ella y se agachó para estar a su altura y ver lo que había en su interior. Él ya había estado en el sótano de su amigo y sabía muy bien lo que tenían: muebles viejos, una estantería llena de libros y algunos instrumentos de sus padres.

A través de la ventana distinguió la figura del padre de José y también la de su madre: ambos vestidos con ropas extrañas. Llevaban túnicas negras encima de unas ropas azul oscuro que consistían en una camisa, pantalones y botas. Luego vio por las escaleras a su amigo que bajaba también vestido con una túnica y las mismas ropas pero todo de color púrpura. Les vio mover los labios y supo que estaban hablando pero no oía lo que decían.

El padre de José se acercó a la estantería de los libros y cogió uno muy antiguo. Lo abrió por el centro, pronunció unas palabras y una luz celeste los envolvió. El joven tuvo que cerrar los ojos unos momentos pero cuando volvió a abrirlos ya no estaban; el sótano estaba completamente vacío. Ahogó un grito y se tapó la boca con las manos.

¿Qué acababa de ocurrir?

Volvió corriendo a su casa, pálido y sudoroso a pesar del frío. El corazón le latía a mil por hora y notó que se estaba mareando. Fue al sofá a tumbarse un rato hasta que se tranquilizara y pudiese analizar con claridad lo que acababa de ver. No tenía sentido. ¿Habían desaparecido, así, de repente? Eso era imposible, nadie podía desaparecer. La magia no existía, sólo en sus libros.

Al cabo de un rato, fue a la cocina para darse agua fría en la cara y despejarse. Ya no estaba mareado ni sudoroso. Su corazón latía de nuevo a ritmo normal y sus ideas estaban bien claras: los había visto desaparecer en una luz celeste tras haber abierto el libro. Había visto la noche anterior la mesa flotar. Estaba totalmente seguro de lo que había visto e iría a comprobarlo en ese mismo momento.

Cruzó la calle a paso ligero sin ni siquiera mirar si venían coches. Uno estuvo a punto de atropellarle pero a él no pareció importarle, ni pidió perdón a la conductora, que por poco se desmayó.

El único sitio por el que podía entrar era la ventana del salón. Solían dejarla entreabierta para que se ventilase bien, lo malo era que él no alcanzaba bien la repisa. Cogió carrerilla dio un salto se agarró a ella, pero los dedos se le resbalaron y cayó en el suelo de espaldas. Se hizo algo de daño pero no desistió. Volvió a intentarlo y esta vez lo consiguió. Cayó de cuclillas en el interior del salón. Era amplio y estaba muy bien iluminado.

Aunque sabía que no estaban en casa, fue sigiloso. Tropezó con la pata de una mesa y casi tiró una lámpara, pero logró cogerla antes de que se estrellara contra el suelo. De repente, antes de que hubiera podido colocarla, oyó pasos que se acercaban. Se puso nervioso y se quedó paralizado. Vio cómo la puerta del salón se abría y no se lo pensó dos veces: se lanzó hacia la ventana. Se hizo daño al caer sobre su brazo derecho. Cuando se levantó, vio una mujer ante él. Era bella y aterradora a la vez. Su pelo era rojo como la sangre y sus ojos verdes que destacaban en su blanca cara. Llevaba un vestido a juego con ellos. Él se quedó unos instantes embobado mirándola. ¿Era real? Se empezó a acercar hacia él y el chico a su vez fue retrocediendo hasta el jardín trasero. Tropezó con la manguera y cayó a la piscina propinándose un buen golpe en la cabeza.

Lo que le despertó fue la luz del sol dándole justo en la cara. Aún medio dormido se negó a abrir los ojos. La cabeza le dolía horrores. ¿Qué había ocurrido? Recordó haberse colado en casa de José y haber visto a una mujer. ¿Lo habría soñado? Sí, era lo más seguro.

Se decidió por fin a abrir los ojos y lo que vio le dejó en estado de shock completamente.

Se levantó con el pulso acelerado. ¿Dónde estaba? Aquello debía ser un sueño… sí, tenía que estar todavía soñando. Pero sus ropas estaban mojadas y sentía el frío que le daban.

Estaba en mitad de un bosque. Algunos árboles le parecían de lo más normales, pero otros tenían hojas… ¿azules?. También había flores de lo más extrañas. El cielo era… ¿rosa pálido? Sí, lo estaba viendo bien. No se oía ni un ruido, sólo el piar de unos pájaros que cantaban de vez en cuando.

Unos pasos se acercaban a él. No sabía si salir corriendo o quedarse allí esperando. Sus piernas no le respondían, así que la única opción que tenía era la de quedarse ahí plantando esperando a ver quién se acercaba. ¿Sería la mujer? Sus ojos por fin alcanzaron a ver a esa persona… o más bien a esa criatura. Se los frotó incapaz de creer lo que estaba viendo. Pero la criatura seguía allí, delante de él. Cuerpo humano, recubierto de escamas negras, y brazos que acababan en garras. De su espalda salían unas enormes alas semejantes a las de un dragón pero eran marrones, y además tenía colmillos largos y afilados. Ojos amarillos y nariz de serpiente. Se desmayó en cuanto ese ser empezó a acercarse a él con una sonrisa maligna.

Capítulo 5

5. Criatura divina

Cuando todo por fin quedó en silencio, Crÿstal salió sigilosamente de su habitación y anduvo por los pasillos del castillo. Daba un poco de miedo estando tan vacío y oscuro, las armaduras parecían estar vivas y las personas de los cuadros parecían vigilarla. Tuvo que esquivar a un sirviente escondiéndose tras una de las armaduras, si la veía, se lo diría al día siguiente a sus padres.

No era la primera noche que salía a hurtadillas de su habitación, varias veces lo había hecho para escaparse con Aran. Sin embargo, esa noche, al igual que las anteriores, otro motivo la había sacado de su habitación.

Era una noche bastante cálida y tranquila. Llevaba puesto su camisón blanco de tirantes y sus botas blancas de piel. Subió a una de las torres, que tenía una celda, donde solían encarcelar a los condenados a muerte. Como no estaba ocupada, no había ningún centinela por allí y podía ir libremente.

Hacía unos días, en la Cascada Blanca, del río Zylmas, había encontrado un huevo que todavía no había nacido. No sabía de qué animal podía ser. No reconocía aquel tipo de huevo. Era plateado y más grande que un bebé y que ella supiera ninguna especie —de las que ponían huevos— ponía esa clase de huevos. No dudó ni un solo momento en cuidarlo, así que se lo llevó al castillo y lo ocultó en esa celda, donde lo había enterrado bajo la paja para que le diese calor. Lo desenterró como cada noche para observarlo. Se sentó junto a él, pegando la espalda a la pared, justo debajo de la única ventana que tenía la sala y se rodeó las piernas con los brazos. La celda tenía la capacidad justa para cuatro condenados, era la más pequeña de todas las torres y también era la más fría. Pero era el único lugar donde nadie podía descubrir el huevo.

Esa noche ocurrió algo nuevo: el huevo comenzó a temblar y poco a poco la criatura que había dentro rompió el cascarón. Ella se echó hacia atrás por precaución y lo observó con curiosidad. El animal era parecido a un felino, tenía alas de ave, cola de caballo y un pequeño cuerno en la frente. Era totalmente blanco. Irradiaba una luz a su alrededor y sus ojos eran como dos estrellas brillantes. Crÿstal estaba fascinada con el animal. Aún desconocía qué era, nunca había visto nada igual.

—¿Qué eres tú?

No esperaba que le contestase, por supuesto. El animal se acercó a ella clavando los preciosos ojos en los suyos, y cuando la joven alargó la mano para acariciarle, él se apartó. Un extraño comportamiento, pensó, pero luego supuso que era lo normal al no encontrarse con su madre y encontrarse con una criatura totalmente diferente.

—Tendrás que quedarte aquí. Mañana te traeré un poco de leche y una manta para que no pases frío.

La criatura hizo un gesto con la cabeza, como asintiendo, como si la hubiese entendido. Ella frunció el ceño pero se encogió de hombros y se fue dándole las buenas noches. Al descender de la torre, se aseguró que no hubiese nadie por los pasillos y los cruzó sin hacer apenas ruido. Ya en el pasillo donde se encontraba su habitación —cerca de la de sus padres— oyó pasos. Alguien se acercaba rápidamente así que se apresuró a llegar a su habitación. Se metió y no cerró la puerta, dejó una ranura para ver de quién se trataba. Era su madre. Sus padres siempre tenían mil cosas que hacer, pero nunca en plena noche.

Cogió uno de sus muchos libros y se puso a leer. Trataba sobre la Guerra Oscura, una guerra contra los vraemonios, donde los elfos, los magos, los elementales, los humanos y los albóreos se habían unido y habían luchado en un mismo bando. Tanto los enanos como las sirenas, se habían mantenido al margen de la guerra. Ésta había sido hacía cien años y después de ello, los vraemonios habían sido expulsados de los distintos reinos que formaban el mundo de Athenya. Pero nadie sabía qué había sido con los supervivientes ni a dónde habían ido.

Dejó el libro y se puso a dormir soñando despierta. Imaginándose en aquel viaje del que siempre hablaba con Aran, y que algún día harían juntos.

A la mañana siguiente, se despertó cuando los rayos del sol le acariciaron la cara. Ese día no tenía ninguna clase, así que se levantó con una sonrisa en la cara: podría entrenar con Aran cuanto quisiera. Fue junto a Perdï y la acarició cariñosamente. Le encantaba. Perdï se despertó y como siempre hacía cuando la joven estaba con ella, movió el rabo. Crÿstal lo interpretaba como una señal de alegría. Cogió una cuerda que a Perdï le encantaba morder pero nada más poner la mano sobre ella, el animal se levantó corriendo y cogió el otro extremo empezando a tirar. La princesa tiró también hasta que consiguió arrancárselo de la boca. Entonces, la criatura empezó a emitir de nuevo sus “guau, guau” pero sin dejar de mover el rabo. Así que la joven entendió que estaba jugando con ella. Dejó que de nuevo cogiera la cuerda y estuvieron jugando un buen

rato.

Dejó que Perdï bebiera agua en un plato que Ellaqua había llevado para ella y mientras se vistió con pantalones anchos y camisa ajustada y se puso unas botas negras. Su doncella llegó enseguida para llevar a Perdï a los jardines para que correteara y jugara en ellos libremente. La princesa fue a las cocinas a por un poco de leche. Le preguntaron los cocineros que para qué la quería y ella les mintió diciendo que era para Perdï. En cuanto se la sirvieron en un cuenco subió a la torre.

La criatura estaba mirando por la ventana, miraba fijamente a Hëlyos, el sol de Athenya. Se volvió a mirar a la princesa en cuanto la oyó entrar. Ella le ofreció el cuenco y se lo puso lo más cerca posible. Luego se alejó para dejarle espacio y que bebiese tranquilo. El animal bajó de la repisa de un salto, olió lo que había en el recipiente y se puso a beber. A Crÿstal le pareció que era más grande que la noche anterior. ¿Cómo podía haber crecido tanto en sólo unas horas?

—Eres precioso —no pudo evitar confesarlo en voz alta—. Ojalá supiese lo que eres.

El animal le miró con sus ojos brillantes unos instantes antes de volver a centrarse en su leche. La joven decidió dejarle terminársela en paz y bajó al patio de armas donde Aran debía estar esperándola.

—Apuesto a que te has quedado dormida —le dijo Aran cuando ella apareció en el patio de armas.

—Me acosté tarde leyendo, ¿qué esperas?

—Eres una rata de biblioteca —le pinchó él.

—Soy culta.

Su amigo le ofreció una espada y comenzaron el entrenamiento. Hicieron tres duelos, los cuales ganó todos él. Por mucho tiempo que le dedicara y por mucho que lo intentara, la princesa no lograba hacer casi ni una técnica bien. Algunos días hasta le entraba el bajón, pues creía que no servía para manejar la espada. Pero Aran solía animarla a que no se rindiera y que continuaran con los entrenamientos.

—Tengo que irme a comer. Ya sabes cómo se pone mi madre si llego tarde.

—Claro, nos vemos luego.

Primero fue a su habitación para cambiarse. Su doncella llegó al poco con Perdï en los brazos, parecía agotada, tenía la lengua fuera y

respiraba muy deprisa. Observó a ambas mientras Ellaqua la depositaba en el cojín y la criatura se quedaba en poco tiempo profundamente dormida. La chica se despidió de la joven para seguir con sus tareas pero Crÿstal la detuvo.

—Necesito hablar contigo, pero has de prometerme que lo que te voy a contar no se lo dirás a nadie.

—Sabes que puedes confiar en mí, Crÿstal.

Se sentaron en la cama.

—Tengo en la celda de la torre, una criatura escondida. No sé qué es, pero es un animal precioso. Tienes que ayudarme a cuidarle, por favor.

—Claro que te ayudaré, pero, ¿por qué no quieres que nadie se entere?

—No lo sé… —miró al suelo—. Simplemente no quiero que nadie lo sepa de momento.

—No te preocupes, yo cuidaré de él.

—Gracias —sonrió agradecida—. Llévale algunas mantas. Le he llevado leche esta mañana antes de ir a entrenar, pero no sé qué más darle.

En cuanto Ellaqua se fue, se terminó de vestir para la comida con un elegante vestido celeste y se dirigió al comedor. Su madre no había llegado aún y suspiró aliviada. Se había librado de una buena reprimenda. Su padre le dedicó una sonrisa.

—Hola, hija. ¿Qué tal la mañana?

—Oh, eh… bien, he estado leyendo.

—¿En qué clase de libro estás ahora metida?

—Uno que trata sobre la Guerra Oscura.

En ese momento llegó su madre interrumpiéndoles.

—Siento la tardanza. Los criados a veces no entienden las cosas a la primera y tienes que hacerles hasta un dibujo —se la notaba algo estresada.

Enseguida empezaron a entrar los camareros con la comida. De primer plato tenían una crema de verduras que la princesa ya miró con asco en cuanto vio que era verde. Se la comió casi sin respirar. Estaba malísima.

Cuando su padre terminó su crema, recogieron los platos y les trajeron el segundo plato: pescado.

—¿Es que hoy he hecho algo malo? ¿Por qué me castigáis así?

—Crÿstal, no te quejes. Tienes que comer de todo.

—Tu madre tiene razón. Cómete el pescado sin rechistar.

La joven cerró la boca y le hincó el tenedor al pescado amarillo que tenía en su plato. Una cosa que odiaba de ese pescado, era que era muy salado. Luego se pasaba un buen rato bebiendo agua. Cuando fuese más mayor comería lo que quisiera y no esas porquerías.

Después de la comida su padre se fue a una reunión y madre e hija se quedaron terminando sus postres. A Crÿstal entonces se le ocurrió algo:

—Madre, ¿conoces algún animal que sea como un felino, con alas de ave, cola de caballo y un pequeño cuerno en la frente y totalmente blanco?

Su madre la miró ceñuda.

—¿Dónde has visto un animal así?

—Lo… lo he leído en uno de mis libros.

Su madre la miró con una extraña expresión pero no dijo nada. Se limitó a encogerse de hombros.

—Nunca he oído hablar de un animal así.

Su hija bajó la mirada decepcionada. Si no lo sabía su madre que conocía tantas leyendas… ¿tal vez su profesor?

La joven le dio las gracias y se levantó. La reina Miriel la observó marcharse con los labios apretados, respirando profundamente.

Crÿstal se fue a los establos, allí solía estar Aran a esas horas cuidando de los caballos y quería hablar con él. Como no le vio, se fue a los jardines, a pasear pensando en la extraña criatura. Estaba prendada por su belleza, pero ¿qué era? ¿Cómo podía saberlo? Nunca había leído

nada parecido en sus libros, ni su profesor lo había mencionado jamás en ninguna de sus clases. Tal vez fuera una especie de otro reino pero esto no explicaba por qué no salía en ninguno de sus libros si en ellos se mencionaban a los animales más exóticos que se pudiera imaginar.

—¡Crÿstal!

Reconoció la voz de su amigo. Se giró para mirarle con una gran sonrisa mientras le daba alcance. Cuando llegó hasta ella, la observó antes de decirle nada. Su amiga medía un poco menos que él. Al chico le encantaban los ojos de ella: unos ojos de un verde esmeralda tan bonitos que parecían los ojos de una elfa, como los de la reina. A causa de su entrenamiento diario, no estaba gorda, más bien delgada, a pesar de lo que comía.

—¿Qué haces aquí?

—Sígueme.

Ella le llevó al castillo y le guio a la torre donde estaba escondida la criatura.

—¿A dónde me llevas?

—Enseguida lo verás.

Le abrió la puerta y le incitó a pasar dentro de la celda. Él la miró extrañado pero no le puso ninguna objeción y entró. Se quedó perplejo nada más ver a la criatura.

—Es asombroso. ¿Dónde lo has encontrado?

—Encontré un huevo hace poco en la Cascada Blanca y lo traje aquí. Y anoche nació… Pero no sé qué criatura es… Se lo he preguntado a mi madre, haciéndola creer que lo he visto en un libro, pero no ha sabido identificarlo.

—¿Y si se trata de una especie nueva?

—¿Tú crees?

—Podría ser…

* * *

Por la noche le preguntó a Ellaqua por el animal.

—Está bien, pero no deja de mirar por la ventana. Es un comportamiento un tanto extraño.

—¿Crees que echará en falta a sus padres?

—Tal vez.

Crÿstal dio un beso de buenas noches a Perdï y enseguida se durmió plácidamente.

Despertó en mitad de la noche a causa de una pesadilla. Había soñado que Perdï se caía del balcón de su habitación y moría. La miró primero para comprobar que estaba bien y luego salió al balcón para que le diese un poco el aire, pero esto lo único que hizo fue despejarla, y cuando volvió a la cama ya no pudo volver a dormirse. Pensó en ir a ver a la criatura de la torre, así que se levantó de nuevo. El pasillo estaba desierto, pero seguro que los centinelas que hacían la ronda no andarían muy lejos.

Subió a la torre y allí estaba él, con esa luz rodeándole, mirando por la alta ventana. El animal se giró para observarla y ella pudo apreciar que todavía había crecido más. En cuanto se acercó a ella, vio que ya le llegaba un poco más arriba de la cintura.

¿Cómo es posible este prodigio? Se preguntó a sí misma.

<<Princesa Crÿstal —oyó una voz suave y masculina en su mente— debo agradecerte que me hayas cuidado estos días. Soy Éraso>>.

La joven se quedó sin habla. ¿Le estaba hablando un animal?

—Debo de estar soñando… —dicho esto se pellizcó pero no, no era un sueño.

<<Esto es real, joven princesa. Fui creado por los dioses para proteger a los cuatro elegidos de las profecías, como aquellos que en la Guerra Oscura se enfrentaron a los vraemonios>>.

—No recuerdo haber leído sobre ti en mis libros de historia.

<<Todos los athenianos creyeron que simplemente era una leyenda, pues sólo tenían ocasión de verme los elegidos. Así que mi historia se perdió al poco tiempo>>.

Ella le miró recelosa. ¿Era verdad o le estaba tomando el pelo?

—Pero, si fuiste creado hace… ¿cómo es que acabas de salir de un huevo?

<<Cada diez años muero y vuelvo a renacer para renovar en mí la magia divina>>.

Aunque aquello era realmente fascinante, Crÿstal no sabía si creerlo o no. Ya había comprobado que no se trataba de un sueño. ¿Y una broma? ¿De Aran quizá? No sería la primera vez.

—Muy bien Aran, muy gracioso. Deja de hacer el tonto y sal. Ya sé que esto es una broma.

Salió de la sala y buscó con la mirada por el pasillo. Pero todo allí era oscuridad y silencio.

<<Se avecina una guerra, joven princesa>>.

Ella volvió a entrar en la celda. Empezaba a creer que no se trataba de ninguna broma.

<<Ha surgido un nuevo enemigo; habrá confusión y caos en Athenya>>.

A la joven se le encogió el corazón. ¿Otra guerra?

—¿Tú cómo lo sabes?

<<Reina Crÿstal, yo sé muchas cosas. Soy una criatura de los dioses, ellos me otorgaron un conocimiento que está muy por encima de todas las criaturas de Athenya. Y también sé que corres un grave peligro>>.

—¿Yo? ¿Por qué?

<<La maldad ha penetrado en este castillo, debes huir, aún estás a tiempo>>.

—El castillo está vigilado día y noche, contamos con soldados bien preparados. Ningún asaltante tendría jamás posibilidades de entrar sin ser visto.

<<No lo entiendes, el mal ya está en el castillo, está entre vosotros hace tiempo>>.

Ella se quedó pensativa. No desconfiaba de nadie, todos eran fieles a sus reyes.

—Nadie nos traicionaría, jamás —afirmó con dureza.

Éraso se limitó a mirarla preocupado. Ella no le creería porque no veía más allá de las apariencias.

<<Las cosas no son siempre lo que parecen ser, joven princesa. Debes abrir los ojos>>.

—Bien, lo tendré en cuenta. Buenas noches.

Salió sin mirarle y bajó de la torre lenta y silenciosamente, pensando en las palabras de Éraso. ¿Otra guerra? ¿Contra quién? No tenían enemigos, Athenya gozaba de paz y tranquilidad, los vraemonios habían sido desterrados y seguramente ya se habían extinguido. ¿Quién iba a perturbar aquella paz? Por otro lado, ¿por qué Éraso iba a mentirla? ¿Pero por qué debía confiar en él? Afirmaba ser una criatura de los dioses…

Fue a la biblioteca para coger otro libro pues ya se había acabado el último que había cogido, y quería leer un poco antes de intentar dormir de nuevo. Abrió con mucho cuidado para no hacer ruido. Le extrañó ver una tenue luz en el interior. Se acercó sigilosamente para ver quién era. Vio a su madre, sentada en una de las mesas, rodeada de varias pilas de libros e inmersa en uno. Crÿstal sonrió, ya sabía a quién había salido. Le habría gustado ir y darle un beso, pero su madre no aprobaría que estuviera fuera de la cama a aquellas horas. Un ruido alertó a ambas. La joven se escondió bien tras una estantería y la reina Miriel se levantó corriendo y salió presurosa de la biblioteca. ¿Por qué se habría puesto tan nerviosa? Cerciorándose de que estaba sola, la princesa se acercó a la mesa picada por la curiosidad y leyó algunos de los títulos: "Tratado de magia negra", "Los comienzos de la magia élfica" "Los secretos de la magia de las sirenas"… Todos eran libros por el estilo. ¿Libros sobre magia? ¡La curiosidad de su madre superaba con creces la suya!

* * *

Las figuras encapuchadas se dirigieron a la muralla trasera del castillo. El guardia yacía a sus pies completamente dormido. Él contempló la noche y sonrió respirando profundamente. Otra figura encapuchada se acercó a ellos justo cuando una criatura voladora se posaba sobre la

muralla. Vorir se quedó mirando a la mujer sin hacer ningún sonido.

—¿Están todos preparados? —Le preguntó ella con voz dulce.

—Sí.

—Éraso está en el castillo, así que tendrá que ser mañana por la noche. Aran, ya sabes qué es lo que debes hacer.

El vraemonio asintió y se fue por donde había venido. Y el chico se inclinó ante la mujer antes de irse también. El hombre y ella se miraron con una sonrisa.

* * *

—Crÿstal, despierta.

La voz le sonaba lejana pero conocida…

—Crÿstal, es la hora de comer.

Poco a poco la fue oyendo más cercana hasta que la pudo reconocer: era la voz de Ellaqua. Abrió lentamente los ojos, ya era de día completamente. ¡Con el sueño que tenía! Claro, eso le pasaba por andar por las noches paseándose por el castillo…

Se levantó y fue a acariciar a Perdï —quien movió el rabo cuando vio que su dueña se le acercaba— pensando una vez más en todo lo que Éraso le había dicho. Otra guerra se avecinaba. ¿Y si se lo decía a su padre? Seguramente no la creería. Si se lo decía, sabía que tendría que confesarle lo de Éraso. Y, aunque él no se lo había pedido, sabía por alguna razón que debía mantenerlo en secreto. Sólo se lo había mostrado a las dos únicas personas en las que confiaba.

Éraso también le había dicho que el mal estaba en el castillo. Sin dejar de acariciar a Perdï, miró a Ellaqua, que estaba haciendo su cama.

—¿Has notado algún cambio en el castillo últimamente?

Después de pensarlo detenidamente, la doncella le contestó:

—No. Yo lo veo todo como siempre. ¿Hay algo que te preocupe?

La princesa se encogió de hombros y se vistió para bajar a comer. Ese día de primer plato tuvieron arroz revuelto con huevos. Y de segundo

carne asada con patatas. Una comida aceptable, pensó Crÿstal.

Su madre estuvo muy callada durante la comida y su hija tenía un nudo en el estómago. La comida que había le gustaba pero apenas podía tragarla. Fue la primera en terminar y salió corriendo a los establos. Quería montar un poco a caballo, solía relajarla. Le puso a Zora la silla de montar y la cogió de las riendas para llevarla fuera. En cuanto la montó, apareció Aran corriendo y gritando su nombre.

—¿Pensabas irte sin mí a cabalgar?

—Lo siento Aran, pero necesito estar sola.

—¿Qué te pasa? ¿Va todo bien?

—Sí, sólo son cosas mías.

Él puso su mano sobre el hombro de su amiga.

—Si necesitas hablar, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias —respondió ella agradecida.

Espoleó a la yegua y salió al galope. Se había olvidado de cambiarse pero no le importó. Salió de los dominios del castillo y galopó por la ciudad. La gente la saludaba con alegría y le hacían reverencias. Paró en la plaza y descabalgó. Mientras su caballo bebía en la fuente hasta saciarse, ella contempló lo que le rodeaba.

Casi todas las calles desembocaban en aquella plaza, que era donde estaba la catedral, allí vivían las sacerdotisas de la diosa Feyra. En los laterales tenía arbotantes, así transmitían el empuje a los contrafuertes. Además servían para la canalización del agua, a lo que ayudaban también las diversas gárgolas que había repartidas por todos lados. Los pináculos, sobre los contrafuertes, eran simples elementos decorativos. Las vidrieras tenían tracería, también por decoración. Era un edificio bellísimo.

—Hola.

Una voz chillona la sacó de sus pensamientos. Se giró y miró hacia abajo. Un niño de cinco años la miraba con una sonrisa.

—Hola, Nil—le contestó a la vez que se agachaba.

—¿Puedo montar en tu caballo?

—Claro. Es una yegua muy buena. Seguro que no le importa.

Le cogió en brazos y le subió a Zora. Luego cogió sus riendas y le paseó por toda la plaza. Nil gritaba emocionado, la gente les miraba y sonreía. Todo esto hizo que la princesa olvidase sus asuntos y se sintiese realmente feliz.

—¡Nil! —Le llamó una mujer—. Vamos, ya has molestado bastante a la princesa.

—No me molesta, es un chico estupendo.

—¿De verdad te gusto? —Preguntó Nil a la joven.

—¡Nil! Háblala con respeto, es la princesa —le riñó su madre.

Crÿstal miró al suelo mordiéndose la lengua. Iba a haberle contestado que no hacía falta que la tratasen así pero sabía que no serviría de nada. Nil seguía dando chillidos y volvió a dirigirse a la joven.

—Cuando crezca un poco podré casarme contigo, y yo cuidaré de ti, y…

—¡Nil!

La princesa rio con ganas. La madre le cogió para bajarle del caballo mientras que varios niños se acercaron a la joven y le preguntaron si ellos también podían montar en el caballo. Crÿstal les dijo que sí encantada.

Se pasó la tarde dando vueltas a los niños por la plaza, hasta que empezó a oscurecer y decidió que ya debía volver. Se subió a su caballo y se despidió de todos con la mano.

Dejó a Zora en los establos y fue directa al comedor, ya era la hora de cenar y estaba hambrienta.

Estando ya los tres sentados a la mesa, les sirvieron el plato. En la comida se servían dos y en la cena uno. Era una ensalada de frutas y hortalizas. A Crÿstal le encantó aquel plato y repitió. Luego de postre les sirvieron un pastel de chocolate y cuando la joven se lo acabó se levantó.

—Buenas noches, padre. Buenas noches, madre.

—Que descanses, hija —le contestaron al unísono.

Ese día se sentía más cansada de lo habitual, así que leyó muy

poco y se puso a dormir enseguida deseándole buenas noches a Perdï.

—¡Princesa, princesa despierta! —Ellaqua llevaba una antorcha en la mano izquierda y una daga en la otra.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se oye tanto alboroto? —Miró por la ventana—. Todavía no ha amanecido… —se quejó—. Estaba teniendo un sueño muy bonito, jo…

—Ha ocurrido algo terrible princesa. Unos vraemonios han penetrado en palacio.

—¿¡Qué!? ¿Vraemonios? —Preguntó asustada levantándose de un salto.

Al abrir la puerta se encontró a una criatura que le sacaba una cabeza y media. Cuerpo humano, recubierto de escamas negras y brazos que acababan en garras. De su espalda salían unas enormes alas negras semejantes a las de un dragón, pero eran marrones, y además tenía dos colmillos largos y afilados. Ojos rojos —era de sexo masculino— y nariz de serpiente. Él la apuntó con un hacha y ya iba a degollar a la chica, que se había cubierto la cara con los brazos, cuando cayó a sus pies, totalmente decapitado. El padre de Aran, Amras, acababa de salvarle la vida.

—No os mováis de vuestra habitación, aquí estaréis a salvo.

—¿Y mis padres?

El hombre la ignoró y se metió en la habitación con ellas. Cerró la puerta y se mantuvo atento a ella, con la espada levantada, preparado para una nueva intrusión. En poco, entró otro vraemonio rompiendo la puerta bruscamente y se enfrentó a él con fiereza. Pero un grito a sus espaldas le alertó. Uno más había entrado por el balcón e intentaba ir a por la princesa. Las chicas se defendían como podían: Ellaqua le tiraba cosas y Crÿstal había cogido su espada pretendiendo herirle.

Amras venció a aquel con el que se enfrentaba y fue a ayudarlas. El vraemonio contra el que luchaban las muchachas salió huyendo cuando Ellaqua le tiró un jarrón a la cabeza y el soldado estuvo a punto de degollarle. Por un momento se creyeron a salvo. Pero no era así. Una vraemonia entró por la puerta y les miró a los tres con una sonrisa. Luego se centró en Crÿstal y fue a por ella. Al ir a auxiliar a la princesa, los otros dos se quedaron totalmente paralizados, no podían moverse. Y notaban como un escozor en todo el cuerpo: la vraemonia había utilizado su magia para poder enfrentarse sola a la princesa. Ésta ya no podía más, el miedo la tenía casi paralizada y apenas podía detener los ataques de la criatura, era muy fuerte. La vraemonia intentó varias veces paralizarla pero no lo consiguió. Así que la desarmó y la tiró al suelo de un puñetazo. Luego la

levantó del suelo y recorrió con los ojos aquel apetitoso cuello. La princesa cerró los ojos asustada, esperando su final. Pero de repente volvió a caer al suelo y los abrió para ver qué ocurría. Una luz blanca había empujado a la criatura y le había cegado. Gritaba de dolor con chillidos muy graves. La maldición que pesaba sobre el capitán y la doncella desapareció y ambos cayeron al suelo. Amras se levantó como un rayo cogiendo su espada para dar muerte a la criatura cuanto antes.

—¿Estáis bien? —Preguntó a Crÿstal a la vez que la ayudaba a levantarse.

Pero ella no le contestó. Seguía muy asustada con lo que acababa de ocurrir y miraba el balcón con miedo, deseando que ninguno de aquellos animales volviera a acercarse a ella. Entonces fue cuando, fugazmente vio a Éraso… ¿o se lo había imaginado? ¿Acababa de salvarle la vida? Su doncella se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros intentando hacer que se sintiera mejor y mientras el hombre se puso delante de ellas vigilando tanto la puerta como el balcón, preparado por si entraban de nuevo.

Oyeron unos gritos de retirada y la joven aprovechó para correr, escurriéndose de los otros dos, hacia la habitación de sus padres. Pero cuando llegó la encontró vacía.

—¿Dónde están mis padres?

Amras la alcanzó y la sujetó. La joven gritaba histérica, preguntaba por sus padres y le ordenaba que la soltara para ir a buscarles. El capitán intentaba calmarla en vano y Crÿstal, viendo que no tenía opción, le mordió el brazo sin pensárselo, gracias a lo cual pudo escapar de él.

Corrió por los pasillos y fue a la entrada del castillo. Allí estaban los médicos reales y algunos guardias y sirvientes. Nadie intentó detenerla; se abrió paso entre ellos y lo que vio se le quedó grabado en el alma; los cuerpos de sus padres yacían sobre el suelo, con el cuello desgarrado y totalmente pálidos. Gritó horrorizada.

Capítulo 6

6. La coronación

Los soldados estuvieron toda la mañana registrando la ciudad y los alrededores en busca de los vraemonios. No encontraron nada. Por la tarde confirmaron que no había ni rastro de ellos. Se dobló la vigilancia en los accesos a la ciudad y en el propio castillo.

El entierro tuvo lugar al atardecer. Acudió toda la ciudad. Era un día muy triste para todos; para algunos sólo un mal sueño, del que deseaban despertar. Únicamente se oían llantos en todo el cementerió.

Crÿstal se acercó al ataúd que contenía los cuerpos de sus padres, y dejó un ramo de rosas. Intentó dedicarles unas palabras pero no pudo pronunciar una sola. El dolor la consumía por dentro.

Luego hizo una pronunciada reverencia que todos imitaron y cuando se volvió a colocar entre Ellaqua y Aran —éste le pasó el brazo sobre los hombros—, se dispusieron a meter el ataúd en el hueco del mausoleo que le correspondía. Mientras, una mujer con el acompañamiento musical de un arpa, les dedicaba un lamento cantado. Lo cantaba en idioma élfico pero todos sabían lo que decía: les deseaba que descansaran en paz y les decía que su pueblo jamás les olvidaría.

Lágrimas silenciosas recorrían las mejillas de la princesa y cuando no pudo seguir manteniendo la compostura por más tiempo, se abrazó fuertemente a su amigo y lloró desconsolada.

Como era la costumbre, tenían que estar cinco días de luto y pasados esos cinco días, se debía elegir un nuevo rey, a no ser que los consejeros considerasen que ella estaba preparada para ascender al trono.

En esos días no habló con nadie. Los sirvientes le llevaban desayuno, comida y cena a su habitación pero la joven apenas comía. Los primeros días no salió de la cama, lloraba continuamente la pérdida de sus padres. Algunas veces incluso intentaba convencerse de que aquello no era más que una pesadilla. La cuarta noche, sus ojos no pudieron soportar más el cansancio y se le cerraron haciendo que cayera en un profundo y relajante sueño. Cuando despertó, ya era el atardecer del día siguiente. Se frotó los ojos y observó su habitación pensativa. Se sentía mejor, más relajada, el haber dormido le había ayudado mucho. En la mesa tenía la

comida que seguramente le habrían dejado hacía ya mucho rato. Se levantó y caminó lentamente para coger la bandeja y volver a su cama. Tenía un plato de tarta de verduras y un filete de pescado en salsa. De postre un trozo de pastel de leche. No era precisamente una comida que le agradara, pero en ese momento le pareció hasta apetitosa. Cogió el tenedor con la mano derecha, partió un trozo de tarta y se lo llevó a la boca. No estaba mal. Tardó mucho en acabárselo todo pues masticaba con lentitud. Dejó la bandeja de nuevo en la mesa y se sirvió agua en una copa. Luego volvió a tumbarse en la cama quedándose dormida de nuevo.

Despertó en mitad de la noche. Se levantó y salió al balcón para que le diera el aire. Se sentó en la balaustrada con los pies colgándole hacia fuera y respiró profundamente aquella brisa tan suave. Era una noche clara y despejada, las estrellas se veían perfectamente. Los días siguientes los pasó allí sentada. Sólo se levantaba para comer y dormir. Por lo demás, no se movía. Observaba el cielo, las nubes, los pájaros… el bosque allá en el horizonte… y la ciudad. Apenas lloraba aunque no dejaba de pensar en sus padres. Ellos siempre le habían enseñado que debía ser fuerte ante las adversidades de la vida, y aunque lo único que quería era rendirse y llorar, hora tras hora hacía un esfuerzo supremo por ser fuerte. Sabía que sus padres, de alguna forma, aún estaban con ella, jamás la abandonarían. Desde el Jardín de Feyra la observaban ahora, y la protegerían siempre.

* * *

Crÿstal estaba en la biblioteca, sentada en el alféizar de la ventana, con un libro entre las piernas al que apenas prestaba atención. Sus ojos miraban el horizonte y su espíritu se agitaba cada vez más. Esperaba ser llamada a la Sala de Reuniones, donde se habían reunido los consejeros, su profesor y la sacerdotisa Mor Cairín, deliberando, evaluando a la princesa. Sería sometida a las Pruebas de la Reina —a las que eran sometidas herederas al trono o reinas viudas— y después de ello volverían a reunirse sin ella, una reunión que podía llegar a durar días o sólo unas horas.

Un sirviente abrió la puerta sobresaltándola. El libro se le cayó estrellándose en el patio, pero ella no le prestó atención. El sirviente le dijo que la llamaban y añadió que iría inmediatamente a recoger el libro; hizo una reverencia y se fue.

La joven se levantó inmediatamente y fue a donde la estaban esperando. Sabía dónde estaba la sala, aunque nunca había estado en

ella. Llamó y la voz de Simlon, el único mago de entre los consejeros, la invitó a pasar. Cogió aire antes de entrar, intentando calmarse. Era una sala cuadrada y grande. Su única mesa era ovalada y blanca con catorce sillas. Al lado de las ventanas había macetas con plantas que le daban color a la habitación y en la pared de enfrente había diversos mapas colgados. En la pared que había frente a la puerta, estaba el sello real, el sello del Reino de Lünadîs y de la mismísima Feyra—las dos lunas, Seya creciente y Keya menguante, entrecruzadas con una tiara sobre ellas—. Los consejeros estaban sentados en los laterales y la sacerdotisa y su profesor en los extremos. Hicieron reverencias con la cabeza mientras ella con pasos pequeños se situaba delante de un enorme mapa de Athenya. Escondió las manos en su espalda pues le sudaban por los nervios.

—Bienvenida, princesa Crÿstal —habló primero su profesor, levantándose, dando comienzo a la reunión—. Como ya sabéis, sois demasiado joven para llevar todo un reino. Sin embargo, sois la heredera legítima, la siguiente en el orden de sucesión. Estáis bien instruida, mas aún os queda mucho por aprender. Antes de tomar una decisión, debemos someteros a las Pruebas de la Reina, tal y como las leyes de Athenya lo estipulan —la joven asintió mostrándose de acuerdo.

Todos la miraban en silencio. Ella miraba un punto fijo en la pared que tenía enfrente, esperando pacientemente las pruebas a las que iba a ser sometida. Pero estaba nerviosa, muy nerviosa.

El hombre se aclaró la garganta:

—Primera Prueba: ¿cuál sería vuestra primera medida si supieseis que los vraemonios volverían a atacar el Reino de Lünadîs?

Ella se giró contemplando el mapa para que no vieran su cara de desconcierto. No entendía a qué venía aquella pregunta, era bastante obvia… ¿o tenía trampa? Estuvo un buen rato pensativa, deliberando si había o no algún truco en aquella pregunta. Volvió a girarse con las manos aún en la espalda:

—Enviaría mensajeros a todos los pueblos y ciudades de Lünadîs —tartamudeó un poco al principio, cogió aire—, ordenando a las mujeres y niños menores de catorce años, que se dirigieran a las Montañas Nevadas —las señaló en el mapa— y que se refugiasen en Drönzón con los hombres de las montañas. Ellos les darían cobijo y comida, allí estarían a salvo.

Hubo un suave murmullo, el profesor se sentó y se levantó, tomando la palabra, Simlon:

—¿Vos no iríais con las mujeres y los niños en esa situación, tal y

como las leyes del reino lo estipulan?

La joven bajó la cabeza. Conocía las leyes, el rey podía quedarse en la guerra pero la reina debía partir también y ponerse a salvo. Contestó algo nerviosa pero convencida de sus palabras:

—No, no iría —algunos soltaron exclamaciones—. Me quedaría y lucharía por mi reino. Prefiero morir por ello, que vivir huyendo —escondió tras su espalda otra vez sus manos sudorosas. Además, le temblaban las piernas, algo que al menos no tenía que ocultar pues con el vestido no se le notaba.

—¿Sois consciente de que infringiríais una antigua ley que se ha cumplido siempre en situaciones de peligro y que el hecho de incumplirla traería graves consecuencias sobre vos?

Por supuesto que era consciente de ello. Incumplir una ley del reino la destituiría como reina y si era algo grave podía incluso ser desterrada. Pero ella no se veía capaz de abandonar a su pueblo en una situación así, no podría vivir tranquila sabiendo que no luchó por ellos cuando pudo hacerlo. Así que se mantuvo firme en su decisión.

—Lo soy. Pero me importa más mi reino que mi propia vida. No me importa morir si con ello salvo Lünadîs.

Se levantó entonces Mor Cairín para someterla a la Tercera Prueba:

—Si murieseis en esa guerra, ¿a dónde creéis que iría vuestro espíritu? ¿Al Jardín de Feyra con los valientes o al Mar del Castigo con los que incumplen las leyes?

Había tensión entre los presentes, esperaban la respuesta de la joven impacientes. La princesa contestó enseguida, sosteniendo la mirada de la sacerdotisa:

—Yo creo que la diosa Feyra sabría juzgarme con justicia, me enviaría a donde ella considere correcto. No puedo adivinar cuál sería su decisión. Pero, aunque ella me enviase al Mar del Castigo, no me arrepentiría de haber luchado por Lünadîs desobedeciendo las leyes.

Se miraron unos a otros y Simlon dijo:

—Bien princesa, podéis iros.

Hicieron nuevas reverencias cuando cruzó la sala y salió de allí. Crÿstal se quedó apoyada en la puerta. ¡Qué calor tenía! Oía sus voces ahogadas pero no las entendía. ¿Había hecho lo correcto contestando lo

que ella pensaba en lugar de contestar según como debía actuar por ley una reina? Lo hecho estaba hecho, no había vuelta atrás. Sólo quedaba esperar, ella ya nada podía hacer. Deseaba con todas sus fuerzas ser nombrada y coronada reina, por sus padres y su reino, pero no dependía de ella, por causa de su juventud.

* * *

Pasaron dos días y la reunión continuaba. La princesa se ponía cada vez más nerviosa y empezaba a pensar que si duraba tanto la reunión debía ser porque estaban buscando un rey digno de tomar la corona. Ellaqua intentaba darle esperanzas y a veces lo conseguía. Ella tenía mucha confianza en la princesa.

—Yo sé que estás preparada para ser reina.

—Pero como me dijeron, aún me falta mucho por aprender.

—Eso es cierto, sin embargo te han sometido a las Pruebas de la Reina, esto es porque creen que puedes hacerlo.

Crÿstal sabía que su doncella tenía razón pero no podía dejar de comerse la cabeza por tanto tiempo de espera. Intentaba entretenerse con sus actividades habituales, pero ni el tiro con arco le ayudaba a despejarse. Fallaba todas las dianas, algo que no era normal en ella. Aran, al igual que Ellaqua, intentaba animarla. Y también Perdï, que parecía sentir la preocupación de su ama y siempre se acercaba a ella para jugar o para que la acariciara.

Y al fin, una mañana que la joven había decidido no salir de la cama, Ellaqua fue a buscarla nerviosa y sonriente.

—¡Crÿstal! ¡Despierta! Vamos, tienes que presentarte en la Sala del Trono ante tus consejeros.

Estas palabras bastaron para que saliera de la cama de un salto.

—¿Qué? ¿Ya han decidido?

—¡Sí! Vamos, tienes que bañarte y arreglarte. ¡Seguro que es para darte la buena noticia!

La princesa intentó respirar hondo y relajarse a pesar de su emoción. No quería hacerse ilusiones, tal vez la llamaran para decirle que ella no podía hacerse cargo del reino y que debían elegir un nuevo rey

digno del cargo.

Se duchó y vistió rápidamente y bajó sin desayunar. ¿Para qué? Su estómago no le permitiría comer nada.

Delante de las puertas de la Sala del Trono había dos guardias. Hicieron reverencias al verla y le abrieron invitándola a pasar. Avanzó respirando hondo, intentando aparentar normalidad. Ahora aquella sala estaba vacía, los tronos de sus padres se habían retirado pues como era costumbre, se haría un nuevo trono para el nuevo rey.

Los consejeros, la sacerdotisa Mor Cairin, su profesor y dos sacerdotisas más, la esperaban de pie en el estrado donde habían estado los dos tronos. Todos permanecían seriós y con mirada impenetrable. Lo cual ella no interpretó como una buena señal. Paró a unos metros de ellos y se quedó quieta mirándolos, sin decir nada, esperando su veredicto. Todos los ojos estaban puestos en ella, seriós, silenciosos.

Crÿstal, incapaz de soportar por más tiempo aquella tensión, se atrevió a preguntar:

—¿Cuál es vuestra decisión?

Simlon bajó un escalón hacia ella.

—Sois joven por lo tanto tenéis poca experiencia en la vida —con este comienzo, ella bajó la cabeza mirándose los pies y conteniendo con todas sus fuerzas las ganas de llorar—. Poseéis conocimientos de cómo llevar un reino gracias a vuestro padre, pero ello no es suficiente, os quedan muchas cosas por aprender —hizo una pausa que a ella le pareció interminable—. Sin embargo, habéis superado las Pruebas de la Reina —la muchacha levantó la cabeza para mirarle sorprendida—, habéis demostrado valor, honor, lealtad hacia el reino y responsabilidad, seríais capaz de soportar el castigo que conlleva incumplir las leyes, todo por vuestro reino. No muchos han sido los reyes capaces de reunir todas estas aptitudes, pero vos las tenéis. Por ello, me complace deciros que en tres días seréis coronada reina —ella se llevó las manos a la boca sin poder creerlo—. Ya hemos informado a todos los reinos de la coronación, para que reyes, príncipes y grandes nobles presencien este gran hecho histórico.

¿Iba a ser la reina? ¿No era un sueño? Se contuvo para no gritar y saltar de alegría, no era muy correcto delante de ellos. Les dio las gracias con una sonrisa sincera y todos se despidieron de ella y se fueron después de hacer sus reverencias. La joven aún se quedó un rato más allí y sin ser capaz de contenerse, gritó con todas sus fuerzas, corrió y saltó a lo largo de la sala. Cuando se hubo desahogado, corrió por los pasillos buscando a Ellaqua. Al no encontrarla preguntó a una criada que le indicó

que estaba en los jardines con Perdï. Salió y la halló cerca del estanque jugando con la criatura, lanzándole una pelota que Perdï recogía y le devolvía moviendo el rabo para que volviera a tirársela.

—¡Ellaqua! —Su amiga levantó la cabeza con una sonrisa—. ¡Voy a ser reina! ¡He superado las pruebas!

Se abalanzó sobre ella con tal impulso que casi la tiró al suelo.

—¿Ves? ¡Ya te dije que lo lograrías! Vas a ser una gran reina.

—Gracias por confiar en mí.

Después de estar un rato abrazada a ella, fue en busca de Aran. Lo encontró en su casa, jugando con su hermano. Su madre la felicitó ante la noticia y Aran de la emoción la levantó por los aires.

El resto del día fue como vivir en un sueño, parecía flotar en una nube. No dejaba de sonreír y de canturrear felizmente por donde iba.

La noche siguiente se celebraría su coronación. ¡Estaba tan nerviosa! Pero sobre todo, emocionada. Salió al balcón. Chispeaba un poco y el aire que corría era frío, pero con la bata no se estaba del todo mal. De repente, algo le vino a la cabeza. Éraso… ¿qué había sido de él? Habían sido tantas las emociones en aquellas últimas semanas que se había olvidado por completo de él. La última vez que lo vio, fue la noche del ataque… él le salvó la vida. Salió corriendo de la habitación y subió a la torre donde lo había estado cuidando. Llegó casi sin aliento. La celda estaba vacía. Se apoyó en la puerta. ¿Dónde estaría? Era normal que se hubiese ido. Ella había prometido cuidarle y no lo había hecho. Un sentimiento de culpabilidad la invadió. Sólo esperaba que estuviese bien.

* * *

Acudieron los reyes y los príncipes de cada uno de los reinos, incluidos los enanos. También asistieron los nobles más destacables.

El palacio había sido adornado y la ciudad se había llenado de flores, y por las noches las calles se iluminaban con luces azules y doradas.

Los sirvientes hicieron pasar a los invitados al Gran Salón, donde se maravillaban primero con la rica decoración y segundo con el trono, de

madera color rojo oscuro y adornos en oro puro.

Antes de la entrada de la futura reina, entraron camareros llevando bandejas con copas de cristal llenas de vino dulce.

Crÿstal, engalanada con un vestido celeste con purpurina que brillaba a la luz de las antorchas, casi le tapaba los hombros y la manga era ancha hacia el final. Estrecho hacia la cintura donde se abría en vuelo y con un corte central que le llegaba hasta los pies dejando entrever otra capa del vestido de color blanco perla. Su pelo había sido recogido con orquillas de plata y se le habían rizado las puntas que le caían por el hombro derecho.

Estaba embobada mirándose en el espejo de su habitación. No podía creerse lo que veían sus ojos. Ella iba a ser la nueva reina de Lünadîs. Aquel era el paso más importante de su vida. El pulso le iba a mil por hora y diversas emociones recorrían todo su cuerpo. Apenas había podido comer aquel día. Ni el baño relajante que Ellaqua le había preparado le había servido para estar más tranquila. Su doncella fue a buscarla.

—Está todo preparado.

La anunciaron y se hizo el silencio en todo el salón. Le abrieron las puertas y la joven nerviosa, con pasos lentos pero decididos, avanzó hasta el comienzo de las escaleras. Se detuvo unos momentos que le parecieron horas. Todos los ojos estaban fijos en ella. Rápidamente con la mirada buscó a los reyes. En primer lugar pudo ver a los reyes de Sarmöty —magos según tenía entendido— los cuales llevaban túnicas y vestidos negros y dorados. Ambos tenían sobre sus cabellos negros coronas de oro y diamantes. Luego su mirada se posó en dos hombres bajitos y barbudos. El primero tenía la barba rojiza recogida en tres trenzas. Llevaba una cota de malla y sobre ella un atuendo azul oscuro. Además llevaba hombreras y muñequeras de oro. El otro enano iba casi igual con la excepción que su atavío era de color verde oscuro y su barba castaña no estaba recogida. Los dos llevaban coronas de un dorado apagado con piedras preciosas engarzadas. Pero ambas eran muy distintas, seguramente cada uno se la había forjado a su gusto. Ninguno sonreía, la miraban con un semblante indescifrable. A continuación vio a dos criaturas con torso humano y cuerpo de felino blanco rayado, una mujer y un hombre. Los dos vestidos con ropas finas y de color amarillo pálido brillante. Tenían el pelo blanco, ella extremadamente largo con un hermoso recogido y él bastante corto. Ninguno llevaba corona, pero supo que eran los reyes de Bhysnes, porque ella tenía una diadema de oro blanco con gemas del color de la arena del desierto y él también una diadema, pero en lugar de en el pelo, en la frente. Se quedó unos instantes maravillada contemplando su asombrosa belleza. Luego pasó al rey de Ákyras, un elfo. Tenía el pelo rubio y largo, sus largas orejas

habían sido adornadas con plantas. Llevaba ropas de cuero combinando tres colores: el verde, el morado y el marrón. Su cabeza la adornaba una corona hecha de plantas que brillaban y que se habían entrelazado con hilos de oro. Junto a él, aunque no eran pareja, estaba la reina, pero ella era una sirena; si no lo hubiera sabido de antemano, Crÿstal habría creído que se trataba de una elfa más. Sus orejas no eran tan alargadas; llevaba un vestido que parecía estar hecho de escamas, mezclando distintos azules y su corona era un aro de agua en continuo movimiento.

Crÿstal no encontraba palabras para describir la emoción que sentía por poder contemplar todas aquellas razas de las que tanto había leído en sus libros. Además de en los reyes, se fijó en todos los demás, fascinándose sobre todo con las ropas que llevaban las elfas: pantalones o faldas muy cortos, algunas con faldas transparentes dejando ver los pantalones, un atuendo que les tapaba el pecho y dejaba a la vista el vientre. Además, todos los elfos llevaban adornos en la piel.

Entonces, los ojos de la joven princesa vieron el trono, su trono, y recordó el motivo de todo aquello. Se cogió el vestido con la mano izquierda y la derecha la apoyó en la barandilla, para descender lentamente. Los invitados se apartaban a su paso para dejarla pasar, algunos murmuraban entre sí sin dejar de mirarla. Se colocó delante del trono, de cara a la gente. Simlon y Mor Cairín se colocaron uno a su derecha y la otra a su izquierda, ambos elegantemente vestidos. Tras hacerse el silencio, el mago consejero tomó la palabra:

—Como ya sabéis, el rey Dolkar y la reina Miriel, fueron asesinados por los vraemonios —hizo una pausa en la que todos inclinaron la cabeza en señal de respeto hacia la memoria de los reyes—. De modo que debe elegirse un nuevo rey. Tras días enteros de reuniones y deliberaciones, se ha decidido que sea la princesa Crÿstal Eleshdranar, hija del rey Dolkar Eleshdranar y la reina Miriel Eleshdranar, quien ascienda al trono y se convierta en la nueva reina de Lünadîs.

Algunos hicieron gestos de sorpresa. Una vez más, todos los ojos se clavaron en la joven que había ante ellos, estudiándola como si pudiesen ver algo en su interior.

—Es muy joven para reinar, es cierto, pero ha sido debidamente preparada para ello —hizo hincapié en lo que dijo a continuación—, y además, ha superado las Pruebas de la Reina con creces. Por tanto todos la consideramos merecedora de ser coronada reina. Pero si alguien tiene alguna objeción, que hable ahora.

Silencio. Crÿstal no sabía si esto era una buena o una mala señal. Tal vez todos pensaran que no debía ser reina, pero ninguno se atreviera a confesarlo. Alguien carraspeó pero no adivinó a acertar quién, aquellos rostros que la observaban eran impenetrables. Unos pasos se acercaron y

entre la multitud se abrió paso el rey de Sarmöty, el rey Volokn. Cuando habló, lo hizo con voz potente para que todos cuantos estaban allí pudieran oírle con claridad.

—Soy el rey Volokn, el Rey de la Justicia, rey de Sarmöty. Quisiera hacerle una pregunta a la princesa Crÿstal —esperó a que Simlon le diera su aprobación y enseguida formuló su pregunta—. ¿Vos os sentís realmente preparada para asumir tan gran responsabilidad?

La muchacha tardó en comprender la pregunta. Los nervios no la dejaban pensar con rapidez. ¿Qué debía contestar? Podía decir que se sentía preparada y dispuesta para ser reina, pero no sería sincera, estaría mintiendo. Y por las miradas que le dedicaban, sabía que ellos también lo pensaban. Si pudiera leer la mente lo vería en cada uno de los presentes. Debía decir la verdad, aunque ello supusiera no ser coronada. Así la habían educado sus padres, la verdad siempre por delante, ser honesta. Tomó aire varias veces antes de empezar a hablar:

—No, no me siento preparada. No sé llevar un reino, ni tomar decisiones importantes. Creo que es algo que me queda muy grande. Pero quiero ser reina, quiero cuidar de mi pueblo tal y como mis padres lo hicieron. Quiero luchar por él y si tengo que morir, moriré por él. No me importa, sólo deseo lo mejor para el Reino de Lünadîs, y si lo mejor es que un hombre más experimentado ascienda al trono, lo aceptaré. Pero si yo soy coronada, tomaré siempre las mejores decisiones, aunque ello conlleve mi condena.

El rey Volokn miró a los ojos a la chica que tenía ante sí. Estaba fascinado por aquella respuesta, tan joven y tan valiente. Aunque el verdadero valor salía en situaciones de peligro; pero ella parecía estar muy segura de sus palabras.

—Mostráis coraje, joven princesa, y el coraje es una gran virtud que un rey siempre debe poseer. Si lo que acabáis de decir es lo que realmente sentís, entonces yo creo que sí estáis preparada para ser reina.

Hubo un breve aplauso y entre él algunas sonrisas dirigidas a ella. Aunque aparentemente estaba superando las pruebas a las que estaba siendo sometida, ella estaba al borde de un ataque de ansiedad. Tenía ganas de salir corriendo de allí y gritar con todas sus fuerzas. ¿Estaba segura de que quería ser reina? Un huracán de dudas y miedos la arrolló y por un momento creyó que se mareaba. Había aceptado ser reina como si de un sueño de tratara. En ningún momento se había parado a pensar en todo lo que esto conllevaba. Era un paso muy grande en su vida, algo que la cambiaría para siempre. Iba a dejar de ser una adolescente para convertirse en una mujer, una reina que se pasaría el día decidiendo y deliberando lo que era mejor para su reino. Reuniones con sus consejeros,

viajes a pueblos y ciudades, reuniones con la alta nobleza… ¿De verdad era ésa la vida que quería?

Por mis padres y por Lünadîs.

Se adelantó entonces la reina de Ákyras, hizo una reverencia ante Crÿstal y luego se acercó un poco más. Sonrió y habló con voz suave y melodiosa.

—Soy Aíssa, la Reina de las Aguas, reina de Ákyras. Permitidme, joven princesa, cogeros las manos.

La muchacha no entendió esta petición y miró a Simlon algo confusa. Él la animó con un movimiento de cabeza a hacer lo que la reina le pedía. La princesa respiró hondo antes de ello, no quería que vieran lo mucho que le temblaban las manos. Puso sus manos sobre las palmas de la sirena y ésta se las sujetó con suavidad. Crÿstal notó una cálida sensación, disfrutó de aquel contacto, era muy agradable. La mujer cerró los ojos y la chica la observó con interés. La reina Aíssa sonrió primero, mostrando sus perfectos dientes blancos. A continuación frunció el ceño, como si estuviera extrañada. Inclinó la cabeza hacia un lado, parecía estar intentando entender algo. Entonces, de repente, soltó un grito horrorizada pero no soltó las manos de la joven. Los presentes contuvieron la respiración esperando una respuesta a esta reacción. Crÿstal miraba a la mujer intentando comprender lo que allí estaba pasando. ¿Qué hacía? ¿Por qué había gritado?

Una brillante lágrima rodó por las mejillas de la sirena y cayó en el suelo de mármol con una nota musical. Finalmente, abrió los ojos y la miró emocionada, conteniendo más lágrimas.

—La oscuridad se cruzará en vuestro camino, joven princesa, pero seréis una gran reina —le susurró al oído.

No dijo nada más, volvió a su sitio junto al rey, dejando a la muchacha en estado de shock. Ahora sí estaba asustada.

Mor Cairín interrumpió su estado, dando comienzo a la ceremonia de coronación. En primer lugar llegó Amras, portando un cojín azul con una tiara de plata sobre él. Se arrodilló ante su futura reina y lo extendió hacia ella. La joven esperó primero la aprobación de su consejero y la sacerdotisa. En cuanto se la dieron, puso sus manos sobre la corona.

—¿Juras fidelidad a tu reino? —Le preguntaron al unísono Simlon y Mor Cairín.

—Juro fidelidad a mi reino.

—¿Juras reinar con justicia?

—Juro reinar con justicia.

La hicieron sentarse en el trono. Seguidamente cogieron la tiara y la sostuvieron unos centímetros por encima de la cabeza de la joven. Ésta cerró los ojos.

—Yo te corono en nombre de la diosa Feyra —dijo la voz femenina.

—Yo te corono en nombre del Reino de Lünadîs —continuó la voz masculina.

Entonces, colocaron cuidadosamente la corona sobre su cabello y tras ponerse frente a ella, se arrodillaron diciendo:

—Desde ahora y para siempre, vos sois la reina de Lünadîs. Saludad todos a la reina Crÿstal Eleshdranar, reina de Lünadîs, la Eterna Reina de los Bosques —y a continuación dijeron su título en el Idioma Antiguo, así quedaría marcado en ella para siempre—: Regina Aeterna Silvarum.

Extraño título, pensó la joven, pero le gustaba. Todos los invitados se arrodillaron unos instantes, para luego alzarse y brindar en honor de la nueva reina.

* * *

Se habían reunido a petición de Azulyna. Orson llegó el último, les saludó a todos y se sentó en su sitio correspondiente. La elfa se levantó entonces con expresión apesadumbrada.

—He descubierto algo sobre Azazel. Es la hermana de Miriel —algunas exclamaciones la interrumpieron—. No, eso no es lo peor. Las dos son hijas de la diosa Elfdrum.

—¿Cómo?

—¿Quieres decir —tomó Mawer la palabra— que son las gemelas

de la famosa leyenda?

—Así es.

Orson se quedó un rato pensativo. Los demás le miraban, esperando que dijera algo ante tal noticia. Pero él invocó la Voz de Lluvia Esmeralda, quería oír la profecía para aclarar sus pensamientos, ya que empezaba a entender lo que decía acerca de los elegidos.